

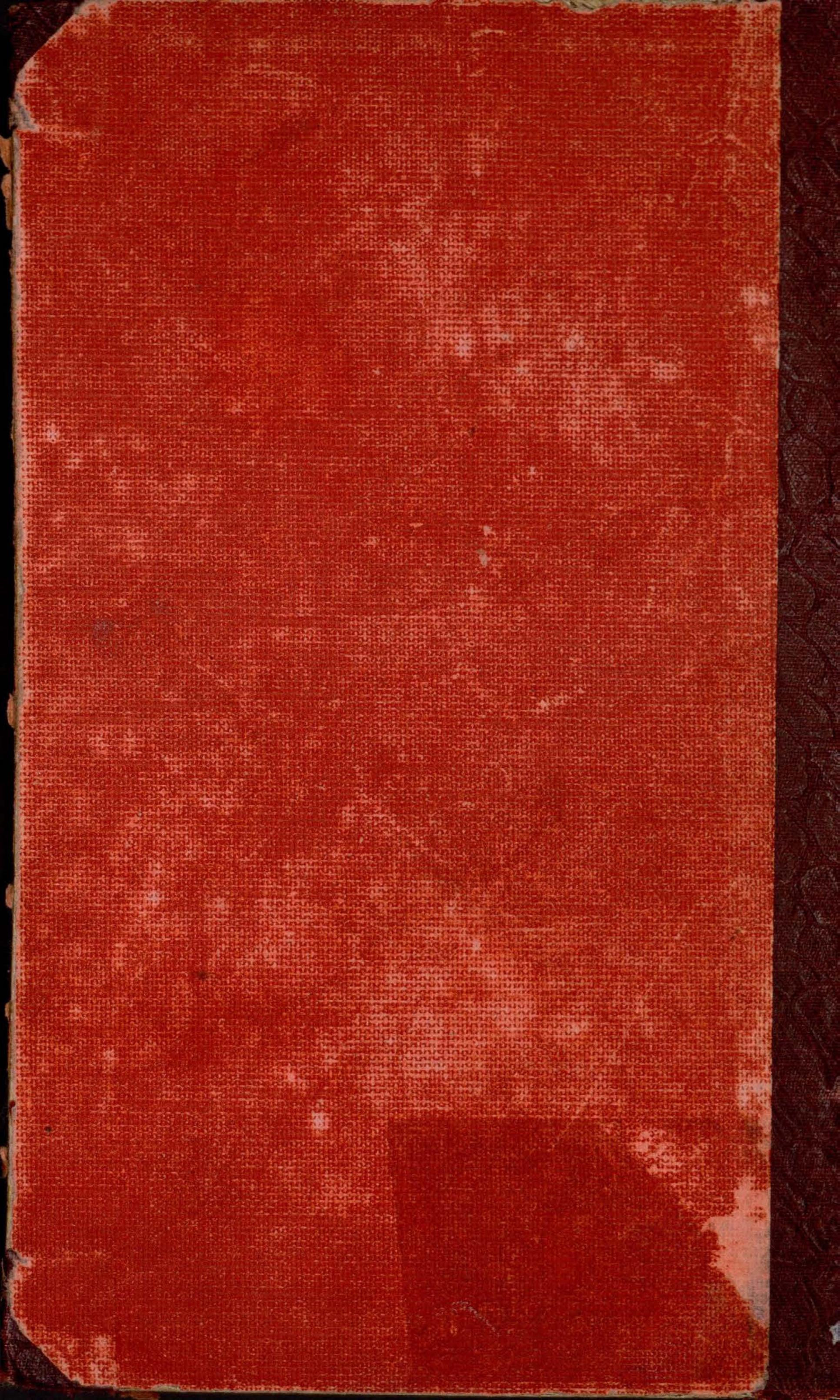


M. ROMANOS



MEMORIAS
DE UN
SETENTON.





LIBRO DE


GRANADA

2 de Mayo de 1914

1^{ra} edición



A-1047

R
31257

MEMORIAS DE UN SETENTON,
NATURAL Y VECINO DE MADRID.





MEMORIAS
DE
UN SETENTON,

NATURAL Y VECINO DE MADRID,

ESCRITAS POR

D. RAMON DE MESONERO ROMANOS.



MADRID :
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCLXXX.



Es propiedad.



MADRID, 1880.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^ª
(sucesores de Rivadeneyra), impresores de Cámara de S. M.

MEMORIAS DE UN SETENTON,

NATURAL Y VECINO DE MADRID.

INTRODUCCION.

El autor de estos apuntes retrospectivos, escritor en otro tiempo del género *humorístico*, hoy jubilado y en plena posesion de sus quince lustros y de su cruz de San Hermenegildo correspondiente; amenguado por ende en sentidos y potencias, y conservando tan sólo de estas últimas una felicísima memoria y un escaso resto de voluntad, cede (acaso imprudentemente) á las seductoras excitaciones de sus amigos y colegas en el gremio literario, que pareciendo escuchar con interes sus familiares y trasnochadas reminiscencias, le impelen á consignarlas en el papel, y lo que es más temerario aún, á ofrecerlas á un público, que no es ya el suyo, indulgente y bonachon, de quien pudo alcanzar en otro tiempo benévola acogida y afectuosa simpatía.

Y con tanta ménos razon tiene derecho á esperarlas en la ocasion presente, cuanto que habiendo de renunciar por necesidad á los festivos cuadros de fantasía, su ya oxidada pluma sólo puede brindar hoy con prosaica y descarnada narracion de hechos ciertos y positivos, con retratos fotográficos de hombres *de verdad*, que le fué dado observar en su larga vida contemplativa, cómodamente sentado en su luneta (ó sea butaca) de segunda fila, ó bien alternando en amigable correspondencia con los personajes de la accion, escondido tras los bastidores de la escena.

Mas como quiera que no sea tampoco su intencion la de escribir historia (ni para ello le bastarian sus medios intelectuales), cumple á su propósito declarar que en estos relatos que prepara —y que han de abrazar la primera mitad del presente siglo, desde 1808 á 1850— sólo piensa ocuparse en aquéllos pormenores y detalles que por su escasa importancia relativa ó por su conexion con la vida íntima y privada, no caben en el cuadro general de la historia, pero que suelen ser, sin embargo, no poco conducentes para imprimirla carácter y darla colorido.—Estos detalles puramente anecdóticos sólo puede expresarlos un testigo presencial de los sucesos, que nace con ellos, crece y se desarrolla á par de ellos, y aspira á pintar con verdad y sencillez los hombres y las cosas que pasaron, así como tambien las apreciaciones contemporáneas que pudo escuchar.

Tan inocente desahogo (que algunos tomarán por incontinencia parlera, y otros acaso por sugerencias del amor propio) obedece solamente al irresistible estímulo que mueve al asendereado viajero á reunir en derredor suyo á sus hijos y nietos para endosarles una y otra vez la curiosa relacion de sus pasadas andanzas; ó al tenor veterano, que, falto ya de medios naturales en pecho y garganta, se contenta con tararear en voz baja sus antiguas canturias y llevar el compas con cabeza, manos y piés.

Habrà, sin duda, alguno y aún algunos de los que tengan la mala idea de leer estas líneas, que digan, encarándose con el autor:—«Conformes, señor setenton; ábranos V. ese *Memorandum* de sus añejas reminiscencias personales; cuéntenos, si así le place, esos episodios, esos sucesos, esos pormenores de V. solo conocidos, que le ofrece su exquisita memoria: dispuestos estamos á prestarle atencion; aunque, á decir la verdad, ¿qué interes de novedad han de podernos inspirar los recuerdos de un hombre que, segun confesion propia, no ha figurado para nada en el mapa histórico ni político del país; no ha vivido lo que suele llamarse la vida pública; no ha entrado jamas en intrigas cortesanas ni en conspiraciones revolucionarias; no le fueron familiares ni los clubs tenebro-

sos ni los cubiletos electorales ; no ha sido , en fin , ni orador parlamentario ; ni tribuno de plaza pública ; ni periodista de oposicion , ni de orquesta ; ni , por consecuencia , ministro ni cosa tal ; no ha probado el amargo pan de la emigracion , ni el dulcísimo turrón del presupuesto ; ni firmado en toda su vida una mala nómina , ni recibido la más humilde credencial ?

Alto ahí , señores míos , contestará el autor ; todo eso que ustedes dicen es verdad , pero también lo es que esta misma insignificancia política de su persona , combinada con su independencia de posicion y de carácter , le brindan con mayor dosis de imparcialidad , al mismo tiempo que le reducen á considerar los sucesos políticos únicamente bajo su aspecto exterior , digámoslo así , fijando particularmente su atencion en los que corresponden á la vida literaria y á la cultura social , á que dedicó su especial estudio .

Pero el escollo verdaderamente formidable con que tropieza el autor de esta narracion histórico-anecdótica , el obstáculo material que acorta y amengua el vuelo de su pluma , es la necesidad imprescindible , fatal , en que se encuentra de hablar en nombre propio , de usar del *satánico yo* (que diria su amigo Donoso Cortés) , y haber de confundir en cierto modo los sucesos extraños que relata con su propia modestísima biografía .

Esta circunstancia *sine qua non* (si ha de dar á sus narraciones las cualidades de veracidad y frescura que desea) es una terrible pesadilla , que gravita sobre la frente del narrador por lo que se opone y contradice á su repugnancia hácia toda exhibicion personal .

Mas ¿ qué remedio ? Dada la ocasion presente , y habiendo de renunciar por completo á creaciones , que ya no le sugiere su senil imaginacion ; habiendo , en fin , de tratar y retratar sucesos efectivos y hombres tangibles y de carne y hueso , no hay sino prescindir de pseudónimos y caretas , apellidar á cada uno por su nombre propio , empezando por los que rodearon al escritor en el hogar doméstico , cuando estaba muy léjos de sospechar que habia de llegar un dia , muy lejano , en que le asaltase la temeraria idea de convertirse en el maese Pedro de este retablo .

Hechas, pues, estas salvedades imprescindibles, y previa la v^enia del lector, renunciando hasta al socorrido *Nos* periódico ó archi-episcopal, procederé desde luégo al ligero bosquejo que reclama el interes de la narracion, de la vida íntima, de la manera de ser, como ahora se dice, de mi casa y familia, y que cuando no pueda inspirar por sí misma al lector interes alguno, servirále al ménos para aspirar, hasta cierto punto, aquella atmósfera lejana, poniéndole así en el caso de apreciar las circunstancias de carácter y condicion de las clases medias acomodadas é independientes en aquella época.—Y puesto que me sería muy más grato aprovechar la ocasion de rendir á mis buenos padres el debido tributo de respeto y ternura filial, consignando aquí la pintura de su apacible existencia, su religiosidad, sin gazmoñería, su carácter alegre, su honrada laboriosidad y su ameno trato, habré de renunciar á ello, porque me asalta el temor de que viéndome deslizar en el terreno bucólico y pintoresco, arroje el lector el papel de la mano, diciendo con irónica sonrisa:—Basta, basta de idilio, señor maese Pedro; «no se meta en dibujos, que se suelen quebrar de puro sotiles.»

Atajando, pues, aquella tendencia un tanto bíblica, que parecia tomar la pluma, limitaréme sólo á consignar los datos conducentes á la inteligencia de las narraciones sucesivas y prestar animacion á los obligados interlocutores que han de figurar en ellas, especialmente en los primeros capitulos, que se refieren á los años 1808 á 1820.—Diré, pues, que mi padre, D. Matías Mesonero y Herrera, nacido en Salamanca al principiarse la segunda mitad del siglo pasado, pertenecia, por consiguiente, á aquella feliz generacion que logró llegar hasta la edad propecta, en una vida tranquila y bonancible, no interrumpida por las agitaciones políticas, ni por las peripecias de la historia. Hallábase, pues, en 1808, avecindado en Madrid hacia ya una veintena de años, y al frente de una casa de muchos é importantes negocios, que por su probidad é inteligencia habia sabido granjear, elevando su despacho á la altura y consideracion de los primeros de la Córte. Veíase, por lo tanto, frecuentada su casa por no escaso número de amigos,

que por su carácter franco y bondadoso de *castellano viejo*, como él solía decir, y el de mi excelente madre, D.^a Teresa Romanos, brindaba á las personas y familias (muy abundantes entónces) de iguales condiciones; tambien asistian frecuentemente los muchos corresponsales ó comitentes de mi padre en todas las provincias del reino y áun de los dilatados dominios españoles en ambas Américas (para ejercer en cuyo nombre estaba autorizado por el Consejo con el carácter, entónces muy valioso, de Agente de Indias), así como igualmente era favorecida su casa por otras personas de diversas categorías de la Córte, que apreciaban su trato y amistad.

Alternaban, pues, en ella toda clase de sujetos, desde el Consejero de empolvado peluquin hasta el humilde paje de bolsa;— desde la bordada casaca del *covachuelista* (oficial de las Secretarías del Despacho), hasta el diligente escribano ó procurador;— desde el opulento Cubano ó Perulero que venía á pretender la merced de un hábito de las Ordenes, ó por lo ménos una cruz *chica* (supernumeraria de Carlos III), hasta el anciano labriego que solicitaba la exencion de su hijo único del servicio militar;— desde el Alcalde mayor *capitan á guerra*, que, cumplido su sexenio, acudia á la Real Cámara de Castilla en demanda de un primer lugar en la terna para una vara de ascenso, hasta el travieso patan, que, sin más letras que las del alfabeto, ni más gramática que la parda, se atrevia á presentarse á exámen de *Escribano Real*, *Notario de los Reinos*, nada ménos que ante la majestad del Supremo Consejo (que en todo entendia, así en las Reales pragmáticas sobre sucesion á la Corona, como en los privilegios de caza y pesca);— desde el acandalado montaraz de la tierra de Salamanca, que acudia á pleitear en estrados contra los odiosos privilegios del honrado Concejo de la Mesta ó de la Real Cabaña de Carreteros del Reino, hasta el modesto cosechero de Zamora ó Fuente Saúco, que traia al mercado unas fanegas de garbanzos y judías;— desde el reverendo monje de San Jerónimo, que pasaba al capítulo de Lupiana para la eleccion de General de la Orden, hasta el adinerado droguero de la calle de Postas ó mercader de la subida de Santa Cruz y por-

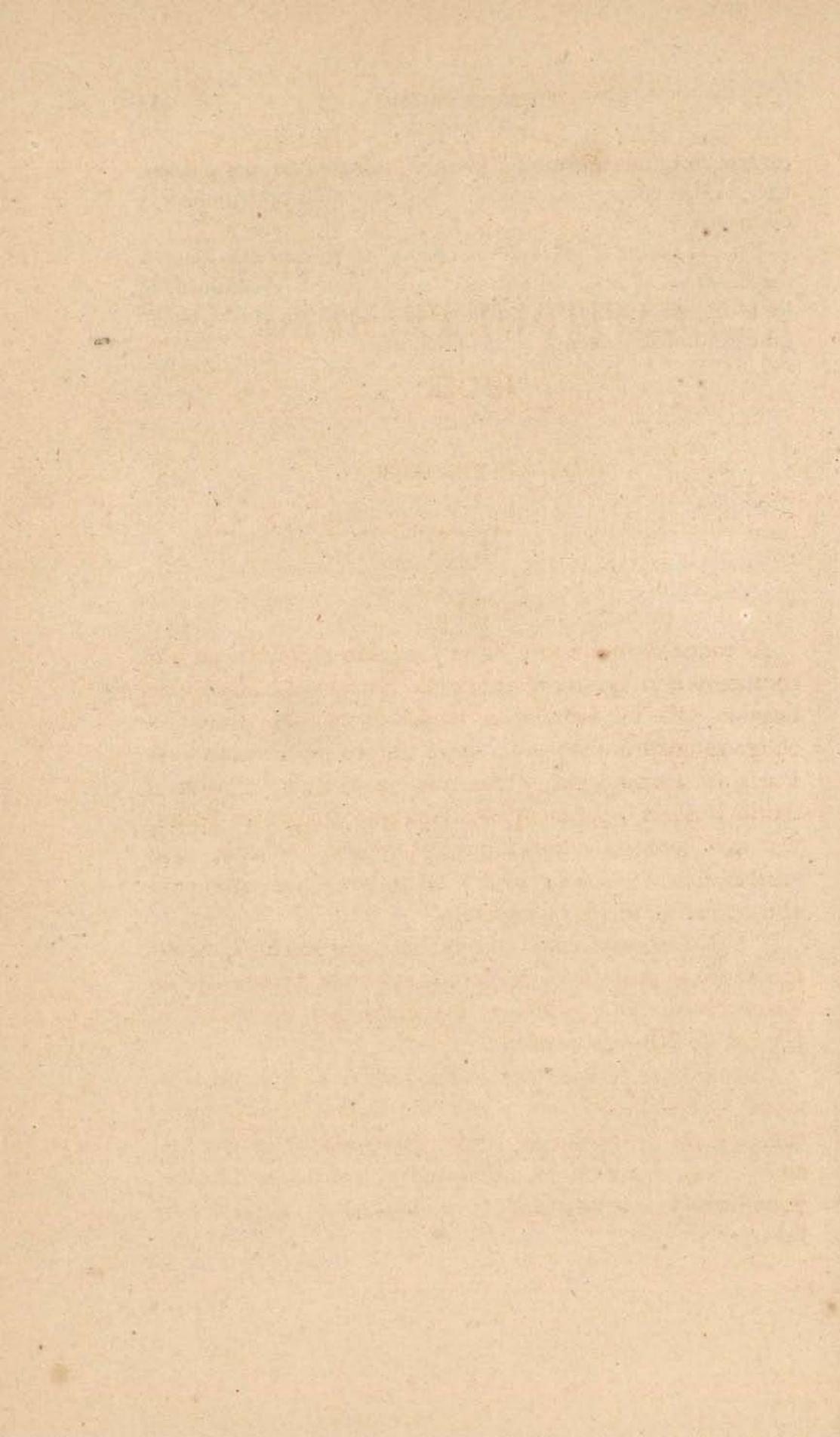
tales de Guadalajara, únicos girantes (*casas de giro*) de aquellos tiempos; padres y abuelos de los que hoy ostentan el título de banqueros, habitan suntuosos palacios, arrastran doradas carretelas y timbran sus cartas con heráldicos blasones, realizados con una corona de Conde ó de Marqués (1).

Trazada, pues, esta obligada descripción del escenario en que la suerte me colocó al nacer, y hecha indicación de las personas que han de servir de interlocutores en los primeros capítulos de esta narración, daréla comienzo con la del magno suceso que, á par que causó la impresión primera en mi infantil imaginación, fué también la portada, el prospecto, digámoslo así, del libro de nuestra historia contemporánea.— Me refiero al 19 de Marzo de 1808, fecha memorable, en que, rotos los lazos y tradiciones que unían á una y otra generación y quebrantados los cimientos de la antigua sociedad española, la lanzó á una vida nueva, agitada, vertiginosa, en que la

(1) Entre las personas que recuerdo haber visto en mis primeros años en casa de mis padres, y contrayéndome sólo á las que más adelante figuraron en la política ó en las letras, citaré á los señores D. José Cafranga y D. José Pando (ambos salamanquinos), oficiales entónces de una Secretaría del Despacho (covachuelistas), y que llegaron años despues á ser ministros; así como también al celeberrimo D. Tadeo Francisco de Calomarde, agregado entónces á la Secretaría de Gracia y Justicia de Indias; los abogados D. Martín Gonzalez de Villalaz, D. Wenceslao de Argumosa y D. Tiburcio Hernandez, gallitos del Foro Matritense, y que tan diversos rumbos en política siguieron despues; los Reverendísimos PP. Agustinos Fr. Domingo Gonzalez Salmon, autor de la primera y menguada *Historia de la guerra de Independencia*, y Fr. Miguel Huerta, afamado predicador despues; y los célebres abates D. Juan Antonio Melon y D. Cristóbal Cladera, amigo inseparable aquél y protector del insigne Moratin, y reconocido y confesado modelo el segundo, que sirvió á este esclarecido ingenio para pintar el personaje *D. Hermógenes*, aquel delicioso pedante de la «Comedia Nueva», que hablaba en griego para mayor claridad, y que, si viviera hoy, adoptaría la jergonza filosófico-alemana, que viene á ser lo mismo para el caso de darse á entender.

esperaban tantas lágrimas y laureles, tantas victorias y desastres, tantas coronas de triunfo como palmas de sufrimiento y de martirio.

Pero al trazar el anciano la reseña de suceso tan remoto, dispensarase al niño de entónces se reduzca á presentarla en los términos sencillos, infantiles, casi risueños con que quedó grabada indeleblemente en mi memoria.



CAPÍTULO PRIMERO.

1808.

EL 19 DE MARZO.



I.

Al toque de oraciones de la tarde de aquel día en que conmemora la Iglesia al patriarca San Joseph, hallábase reunida toda mi familia en la sala de la casa, frente al obligado cuadro que pendía en el testero representando la Purísima Concepcion, y rezando en actitud religiosa el Santo Rosario, operacion cotidiana que dirigia mi padre, y á que contestábamos todos los demas, incluso—¿se creeria ahora?—los sirvientes de ambos sexos, que para el caso eran llamados á capítulo.

Y aquella tarde, como día de tan gran solemnidad, reforzabase el piadoso ejercicio con un buen aditamento de Pater Noster y Ave-María, especialmente dedicados al Esposo de Nuestra Señora.

Cuando nos hallábamos todos más ó ménos místicamente entregados á tan santa ocupacion, vino á interrumpirla un desusado resplandor que entraba por los balcones, una algazara inaudita que se sentia en la calle, unos gritos desentonados, formidables; de alegría ó de furor.

¡ Viva el Rey! ¡ Viva el Príncipe de Asturias! ¡ Muera el Choricero! Estos eran los que sobresalian entre las roncadas voces de aquella muchedumbre desatentada. No hay que decir que todos los balcones se abrieron y atestaron de gente, que con vivas y apasionadas aclamaciones respondian á tal algazara, agitaban los pañuelos, y con las palmas de las manos, con panderos, clarines y tambores de Navidad, reproducian hasta lo infinito aquel estallido del entusiasmo popular.

Para mis hermanos y para mí, todos de tierna edad, aquello era un espectáculo admirable, embriagador; aquellas voces, aquellos instrumentos, aquellas carreras, aquellos hachones de viento, hacian nuestras delicias y producian en nuestros sentidos acaso la primera emocion profunda é indeleble. A mí, sin embargo, algo se me indigestaba en aquel vocerío, y este algo no era otra cosa sino el grito que sobresalia entre todos de *¡ Muera el Choricero!*

—Pero, padre (pronuncié al fin, dirigiéndome á su merced); ¿por qué dicen que muera el choricero? ¿Qué mal les ha hecho el pobre Peña para querer QUE SE MUERA?

Y decia esto con alusion al honrado fabricante extremeño que surtia la casa, y que, como todos los demas del pueblo de Candelario, pertenecia á una de las tres dinastías, Peña, Rico y Bejarano, que monopolizan de siglos atras el surtido de la capital.

—No se trata de él, hijo mio (me contestó mi madre muy conmovida); se trata del pobre Godoy, del Príncipe de la.....

—De las tinieblas (interrumpió mi padre bruscamente).

—¿Cómo, qué? (dije yo sobresaltado), ¿del Príncipe de la Paz?

Y sin darme un momento de espera empecé á cantar:

«Viva, viva, viva,
 Nuestro protector,
 De la infancia padre,
 De la patria honor,
 Y del Instituto
 Noble creador.»

—Cállate, maldito de cocer (replicó mi padre con su expresion favorita, y era la más terrible que nunca escuché de su labio): ¿qué estás ahí cantando?

—¡Toma! (repliqué yo), lo que cantan los colegiales en casa de mi padrino. (Para comprender esta respuesta me veo obligado á dar una explicacion.)

Entre las muchas disposiciones benéficas dirigidas á la pública instruccion, que sin injusticia no podrian negarse al Gobierno de Godoy, figuraba airosamente (y él mismo en sus *Memorias* se detiene á gloriarse de ella) la importacion en nuestro suelo del sistema de educacion moral, intelectual y física establecido en su país (Suiza) por el eminente institutor Enrique *Pestalozzi*, que por entónces era adoptado con entusiasmo en toda la culta Europa.—El Príncipe de la Paz, creando la *Institucion Real Pestaloziana*, con grandes elementos de vida y no comun ostentacion, confió su cuidado al célebre coronel D. Francisco Amorós (el mismo que, emigrado algunos años despues, la introdujo en París, fundando el Gimnasio que lleva su nombre, y es uno de los establecimientos del Estado).—Pues bien, esta famosa Institucion se hallaba establecida en Madrid en la calle del Pez, y casa que hoy lleva el núm. 6, que se conserva absolutamente como entónces, con solo piso principal, que han ocupado sucesivamente colegios y redacciones de periódicos, como *La Esperanza*, *La Prensa*, etc., porque su inmensa extension ó pro-

fundidad, que llega hasta la calle del Molino de Viento, la permite esta clase de establecimientos. Este caseron pertenecía por entónces al mayorazgo del hidalgo montañés D. Pablo Malla de Salceda y Palacios, personaje un tanto figuron, que encarnaba, por decirlo así, no pocas de las cualidades de ambos Lúcas, el del Cigarral y el Dómine, que inmortalizaron con su donaire las regocijadas plumas de Rojas y Cañizáres. Era el tal D. Pablo Malla grande amigo de mi padre, á quien tenía confiados sus pleitos; me habia tenido en la pila bautismal, y me solia agasajar llevándome alguna tarde á merendar con los colegiales, sus huéspedes, de los cuales aprendí algunos saltos y gambadas, no pocas jugarretas, y aquel coro que entonaban al rededor del Gimnasio, y que en hora tan menguada intenté reproducir.

Pero dando de mano á este episodio puramente infantil, proseguiré diciendo que la animacion y la alegría en las calles y en las casas iba en aumento; que los vecinos, no bien cerrada la noche, sacaron á los balcones los candeleros de peltre, los velones de cuatro pábilos y hasta los candiles de garabato de las cocinas, improvisando una iluminacion *sui generis*, como cuando pasa el Viático por las calles de la Comadre ó de la Arganzuela; que otros, y entre ellos mi padre, enviaron á la cerería de la esquina por blandones de cera, sin cuidarse de si era blanca ó amarilla, y que los muchachos nos extasiábamos ante aquel espectáculo tan desusado, no sólo para nosotros, sino para nuestros mismos padres nuevo y original.—Mas como todo concluye en este mundo, cesó tambien aquella funcion, y á eso de las diez de la noche, roncadas las gargantas de chillar y agotadas las fuerzas, el hambre y el sueño consiguieron aplacarnos, y despachada que fué la frugal cena, compuesta de la consabida ensalada, el guisado de vaca y huevo pasado por agua, nos entregámos

con la mayor voluntad en brazos de Morfeo, y por mi parte perfectamente tranquilo, supuesto que el motin no rezaba para nada con mi amado Peña el choricero.

Y en tanto que el niño duerme el sueño de la inocencia, aprovecha el hombre su silencio para trazar en algun modo el episodio local de aquel célebre motin, con todos los pormenores de la *mise en scène* por primera vez empleados en este siglo, en nuestro teatro madrileño.

El Príncipe de la Paz, que durante largo tiempo habia habitado el palacio contiguo al convento de D.^a María de Aragon, construido expresamente en el reinado anterior para los ministros de Estado, habia sido obsequiado en 1807 por la villa de Madrid con el de Buenavista, que adquirió al efecto de los herederos de la Duquesa de Alba (1), y entre tanto que se realizaban las obras convenientes en esta régia morada, habíase trasladado á las casas contiguas, propias de su esposa la infanta D.^a Teresa, Condesa de Chinchon, en la calle del Barquillo, esquina hoy á la plaza del Rey, y entónces á una mezquina callejuela en escuadra que se formaba entre la huerta del Cármen y la Casa de las Siete Chimeneas.—La omnímoda voluntad del privado hizo desaparecer esta callejuela, cercenando la dicha huerta y dejando espacio bastante para formar la que entónces se tituló *plazuela del Almirante*, y hoy se llama *plaza del Rey*.—Quedaron, pues, al descubierto y en ambos términos de la escuadra la antigua *Casa de las Siete Chimeneas* y la nueva de *Chinchon*; y es de observar la coincidencia de que 42 años ántes, casi dia por dia

(1) Segun el testimonio de la escritura de donacion de este palacio y sus accesorios, que se halla en el Archivo de la villa, otorgada en 16 de Mayo de 1807, consta que fué comprado en la cantidad de 9.800.000 reales, pagando ademas Madrid por las cargas que sobre él gravitaban, 367.669 reales. Total, más de diez millones de reales.

(el 23 de Marzo de 1766), ocurriese delante de aquélla y á la vista de ésta el famoso motin (único que los ancianos recordaban) contra el Ministro favorito Marqués de Esquilache; así como hoy se dirigia el pueblo de Madrid contra el favorito Ministro, Príncipe de la Paz.—La casa que ya queda designada, enlazaba por medio de un pasadizo á la altura de los balcones principales (1) con la frontera (hoy señalada con el núm. 8 de la calle del Barquillo), que tambien era y es de la Condesa de Chinchon; y de este modo el Príncipe de la Paz (si hubiera estado á la sazón en Madrid) podia haber escapado por sus posesiones, sin poner el pié en la calle, desde la del Barquillo hasta el convento de monjas de San Pascual, pues la casa y jardín (hoy suprimidos) á la esquina de la calle de Alcalá tambien le pertenecia, y era habitada por su hermano D. Diego Godoy, coronel de las Reales Guardias Españolas.

A este sitio, pues, fatídico y memorable, acudió frenética la multitud á desplegar su enojo contra el infeliz magnate, que durante diez y seis años habia ejercido tan omnímoda autoridad; sus papeles, alhajas y muebles, arrojados por los balcones, fueron pábulo de las llamas, y sin que nadie se opusiera á ello ni intentase contener un ardor que entónces se creia patriótico, quedó establecida la pauta de las venganzas populares, que andando los tiempos habian de reproducirse y perfeccionarse hasta el más bello ideal.—A la mañana siguiente, y habiendo la

(1) Este arco ó pasadizo, que asombraba la entrada de la calle del Barquillo, desapareció en 1846 en la reforma de aquel extenso distrito, propuesta por mí entre otras muchas en el *Proyecto general de mejoras de Madrid*, que presenté como concejal del Ayuntamiento y que se ha llevado á cabo en casi todas sus partes.

muchedumbre tomado el gusto á este inocente desahogo, aplicó tambien á las casas de los hermanos y madre de Godoy, del corregidor Marquina, de los ministros Soler, Sixto y otros que suponian sus hechuras y allegados, así como tambien alcanzó algun chispazo á la del preclaro ingenio D. Leandro Fernandez de Moratin, en la calle de Fuencarral (que lleva hoy el número 17), de donde tuvo que escapar el insigne vate, huyendo de las vociferaciones con que excitaba á las turbas una cabrera tuerta que vivia en la casa de enfrente.

Dijose entónces, como se ha repetido despues en ocasiones semejantes, que la furia del pueblo se contenia, ó limitaba á la destruccion y quema de los efectos, sin interesarse ni apropiarse ninguno de ellos. Y así debe creerse, atendido el vértigo que impulsaba á las masas, todavia no desmoralizadas; pero algo, y áun mucho, sospecho que pudo sustraerse á la comun destruccion, cuando á manos de mi padre, y no sé por qué medio, pudo llegar un precioso lienzo de média vara de alto, representando á la Purísima Concepcion, obra excelente de la escuela de Mengs, pintada por alguno de sus buenos imitadores, como Bayeu ó Maella; lienzo oval, arrancado evidentemente de algun oratorio portátil del Príncipe (acaso ántes de incendiar éste), así como tambien un título original de Regidor perpétuo de la ciudad de Llerena, preciosamente miniado y escrito en vitela, objetos ambos que despues de setenta años conservo en mi poder.

Y miétras por fuera continuaba la algarazara todo aquel dia, y se aumentaba y enloquecia con las deseadas noticias sucesivas de la captura del reo, de la abdicacion de Cárlos IV y exaltacion al trono del príncipe D. Fernando, mi casa se llenaba de amigos y vecinos de la reducida calle del Olivo bajo (que así se llamaba entónces el

trozo que media entre las del Cármen y la Abada), y que formaban por este solo concepto una cordial sociedad; pero como sería largo y enojoso el citarlos á todos, sólo apuntaré aquellos que en esta ocasion tomaron más parte en las conversaciones y algazara comun.— Sea el primero D. Juan de Dios de Campos, caballero de la Habana, hermano de D. Nicolas, primer Conde de Santovenia, padre del segundo D. José María, y abuelo del actual, de cuyos negocios y pleitos estaba encargado mi padre y con quien le unia tan estrecha amistad, que siempre que residia en Madrid (y era muy frecuentemente) vivia en su propia casa; su sobrino D. Luis Montenegro, para quien habia obtenido mi padre una bandolera de la compañía americana de los Guardias de Corps (1); D. Juan Bautista Torres, honrado fabricante catalan, que fué, puede decirse, el fundador del valioso comercio de la calle del Cármen; D. Clemente Cavia y D. Valerio Cortijo, escribanos de la Cámara y Supremo Consejo; el afamado grabador D. Estéban Boix, émulo de los Esteves y Atmeller; el diamantista D. Vicente Goldoni; el agente don Tadeo Sanchez Escandon, y el presbítero D. Manuel Gil de la Cuesta, vecinos ó inquilinos de mi padre en su propia casa.

Fijaréme especialmente en este último personaje, que venía á ser el bufo de la comparsa, pero altamente simpático á los muchachos por su genio alegre y decidor, aunque, como familiar del Santo Oficio, ostentaba sobre el hábito y pendiente de una cinta verde la venera fatal, que consistia en una medalla oval en que aparecia una

(1) Este cuerpo constaba de tres compañías, española, americana, é italiana, y se distinguian entre si por los cuadretes de la bandolera, que en la primera eran rojos, morados en la segunda, y azules celestes en la tercera.

cruz entre una espada y una palma, y en el reverso la inscripcion *Exurge, Domine, et judica causam tuam.*— Era el tal señor, á pesar de su hábito y venera, el hombre más chistoso del mundo, y su manía principal consistia en repentizar coplas á roso y veloso; poeta callejero de los que entónces abundaban tanto y que tan donosamente ridiculizó Moratin en su *Derrota*. Hacía, sin embargo, nuestras delicias cuando, sentándonos á los más pequeñuelos sobre sus rodillas, nos decia misteriosamente algunas de sus improvisaciones, que demostraban bien á las claras la estúpida candidez del autor y áun de la época :

« El que leyere á Frayjoó,
El que traduce el frances
Y el que gasta capingote.....
Hugonote.»

Y cuando todos los circunstantes, risueños y burlones, le felicitaban irónicamente porque le *soplaba la musa*, solia él replicar entusiasmado :

« Aunque vengan los Melones,
Estalas y Moratines,
Y se aprieten los botines,
No llegan á mis tacones.»

Y lo más chistoso del caso era que entre los que le escuchaban solíanse hallar el mismo abate D. Juan Antonio Melon, que ya queda dicho visitaba mi casa, y un anciano apellidado Fernandez de Moratin, que debia ser, á lo que infiero, D. Manuel, tio del insigne D. Leandro.

En aquella memorable ocasion, el buen clérigo Gil de la Cuesta se despachó á su gusto redoblando las elucubraciones de su macarrónico rabel, y chorreaba acrósti-

cos y ovillejos disparando dardos y saetas contra el infeliz magnate víctima del furor popular; y entre los papeles que sacaba del bolsillo y que han llegado á mis manos, sólo ofreceré para muestra un desdichado soneto, que acaso no sería suyo, pues atendida su blanda condicion, contrasta con el estilo grosero y procaz del tal soneto; mas para dar una idea de la injusticia y pasion con que era tratado el mismo que dias ántes se veia objeto de las más humillantes adulaciones, me parece del caso trascribir este desdichado soneto, que decia así :

« Por tí murió el de Aranda perseguido ;
 Floridablanca vive desterrado ;
 Jovellános en vida sepultado,
 Y muchos grandes yacen en olvido.
 De la madre, del padre, del marido
 Arrancaste el honor, y has profanado,
 Polígamo brutal, aquel sagrado
 Que indigno tú pisar no has merecido.
 Calumnias, muertes, robos y atentados
 Con descaro insolente cometiste,
 ¡ Oh, tú, el más ruin de los malvados !
 Si almirante, si grande te creaste,
 Cuando eras el más vil de los malvados,
 Hoy el cielo te vuelve á lo que fuiste. »

Para templar en lo posible el disgusto que esta grosera composicion pueda producir, quisiera estampar aquí otro soneto que leia el eclesiástico poeta; pero éste no era suyo, segun él mismo decia, ni producido en aquella ocasion; aludia á la famosa guerra de Portugal, apellidada *de las naranjas*, y atribuíase á un cierto *D. Pascual Canuto* (que ignoro si era ó no pseudónimo), pero que de seguro mostraba otro donaire epigramático. Siento el extravío de este soneto; pero al ménos, y para dar una idea de su agudeza, reproduciré aquí los versos últi-

mos, en que osaba decir al poderoso valido generalísimo lo siguiente :

.....
 « Pero al mirar que ya desnuda brilla
 La española tizona en vuestras manos,
 Se me ofrece, señor, una dudilla :
 ¿ Irán á Portugal los castellanos,
 O vendrán portugueses á Castilla ? »

De esta suerte, y de todas las bocas y de todas las plumas llovian imprecaciones y denuestos contra aquel mismo hombre á quien poco ántes aclamaba Melendez Valdes como el atlante que sostenia sobre sus hombros el peso de la monarquía, y á quien el ilustre Moratin dirigia aquella preciosa epístola en antigua fábula:

« A vos, el apuesto, cumplido garzon. »

Hoy el ódio, el rencor y la envidia que por tanto tiempo habia excitado, especialmente en ciertas clases elevadas de la sociedad, cundia y se derramaba por las masas del pueblo, que sin saber por qué, y sin tener ningun agravio que vengar, se deshacian en improperios contra aquel magnate, únicamente porque le veian caido; y acaudilladas, primero en Aranjuez por el turbulento Conde del Montijo disfrazado de *El Tio Pedro*, y en Madrid despues por otros no ménos interesados, consiguieron elevar en breves horas aquel motin cortesano, y puramente de clase, hasta el punto de un verdadero y formidable levantamiento nacional.

II.

Treinta años despues, hallándome en París y en la más cordial comunicacion con el venerable y complaciente se-

ñor D. Juan Antonio Melon, á quien, como queda dicho, habia conocido en casa de mis padres, y estimulado por el deseo de conocer personalmente á aquella notable ruina, á aquel célebre personaje histórico que llevó el nombre de *Príncipe de la Paz*, roguéle al Sr. Melon que se sirviera presentarme á él para ofrecerle mis respetos; y accediendo á mis deseos, tuve el gusto de verlos cumplidos. — Dirigímonos, pues, á la humilde morada del que áun se titulaba Príncipe..... de Basano, que era en una calle detras del pasaje de la Opera, cuyo nombre no recuerdo, en un modestísimo piso cuarto, donde el insigne personaje hallábase albergado.—Recibiónos con la mayor cortesía, y habiéndole dicho Melon el objeto de mi deseo y tambien mi cualidad de escritor, aunque no político, se mostró agradecido y me habló de sus desgracias, de la injusticia con que habia sido tratado por los historiadores, especialmente por el Conde de Toreno (contra quien mostraba el mayor encono), me preguntó si habia leído sus *Memorias* y qué juicio formaba de él la nueva generacion.

Yo procuré demostrarle que ésta no conservaba nada de los apasionados odios y preocupaciones de nuestros padres, y que más bien, despues de haber sufrido el Gobierno de Fernando VII con sus Macanaces, Eguías, Lozano de Torres, Víctor Saez, Españas y Calomardes, cedia á un sentimiento de envidia hácia aquellos que habian vivido bajo Gobiernos más ilustrados y tolerantes;—habléle con interes de sus benéficas disposiciones en pro de la ciencia y de la cultura nacional; de la proteccion que dispensó á los grandes ingenios de la época; de los viajes que encomendó á Rojas Clemente y á Badía (Alí-bey-el Abassi); de la expedicion de Balmis á América para propagar la vacuna, que alcanzó á desarrugar la frente del gran poeta Quintana, y hasta de la Institu-

cion Pestaloziana, de que ántes hice mencion;—todo lo cual pareció complacerle en extremo, dándome expresivas gracias en un lenguaje cuyos giros y pronunciacion recordaban mucho la lengua italiana, de que habitualmente se servia hacia treinta años, y repitiendo que su más vivo deseo era regresar á España y *dar una vuelta por el salon del Prado*; pero que el Gobierno y los tribunales, dilatando su rehabilitacion, le privaban absolutamente de este placer; que todo lo esperaba todavía de la justicia de su causa y del talento de sus defensores, los Sres. Perez Hernandez y Pacheco.—Yo le contesté que, honrándome con la amistad de ambos ilustres jurisconsultos, procuraria interesarles á redoblar sus esfuerzos en favor del Príncipe, á quien por su parte, y en mi modesta esfera, le ofrecia hacer en mis escritos la justicia que me inspiraba mi convencimiento. Así lo cumplí en diversas ocasiones, particularmente en la *Reseña histórica* que precede al *Antiguo Madrid*; y al dar cuenta en una revista de actualidad de la muerte del Príncipe de la Paz, ocurrida en París en 8 de Abril de 1852, me expresaba en los términos siguientes, que me tomo la libertad de reproducir, como epílogo de este capítulo:

«Elevado personaje en la escena política, aunque alejado de ella hacia ya cuarenta y cuatro años, D. Manuel de Godoy, que era el decano hoy viviente de nuestra historia contemporánea, apénas ha excitado la curiosidad de la generacion actual, que sólo le ha conocido en los libros, y eso con no poca pasion y encarnizamiento.

»¿Quién hubiera predicho al serenísimo Príncipe de la Paz, al Gran Almirante, Generalísimo y Ministro universal de España é Indias; al Duque de la Alcudia y de Evoramonte, Señor del Soto de Roma y de la Albu-

fera de Valencia; aquel que podia llenar de sus títulos cien pergaminos, y ostentaba pendientes de su cuello la régia insignia del Toison de Oro y todas las grandes condecoraciones de Europa; al poderoso valido ó más bien dueño de sus reyes, ¿quién le hubiera dicho que desde sus palacios de D.^a María de Aragon ó de Buena-vista, donde regía á su antojo los destinos de veinticinco millones de hombres en ambos mundos; donde guardias especiales custodiaban su persona ó abrian paso á su carroza régia; donde los primeros magnates del Reino asistian todos los *miércoles* á su córte y se disputaban una mirada ó una sonrisa de su augusta faz; donde hasta los mismos monarcas venian á visitarle como pariente y amigo; ¿quién le hubiera dicho, repetimos, que á casi medio siglo de distancia habia de acabar su abandonada y triste vejez en una reducida habitacion de la *Rue Michaudière*, núm. 20, cuarto *tercero*, y en un *miércoles* tambien, y servido únicamente por una cocinera y un ayuda de cámara?

»Nosotros hemos visto á aquel coloso que vieron nuestros padres regir omnímodamente durante quince años los destinos de la Monarquía y los tesoros del Nuevo Mundo, reducido á la triste pension de *seis mil francos* que le señaló Luis XVIII, viviendo pobremente en un piso cuarto; y tan resignado, al parecer, con su suerte y las asombrosas peripecias de su vida, que no era difícil hallarle sentado en una silla de los jardines del *Palais Royal* ó de las *Tullerías*, entretenido con los niños que jugaban en derredor suyo, recogerles los aros y las peonzas, prestarles su baston para cabalgar y sentarles sobre sus rodillas para recibir sus caricias infantiles. Otros de sus comensales en dicho jardin solian ser los cómicos de provincia, que se reunen allí como en Madrid en la plaza de Santa Ana, los cuales solian to-

marle por un actor jubilado ó un aficionado veterano, y le conocian únicamente por *Monsieur Manuel*, sin sospechar jamas que sobre aquella hermosa cabeza habia descansado una corona efectiva de Príncipe; que aquellos hombros, hoy encorvados, habian llevado suspendido un manto verdaderamente régio; que aquel anillo que áun brillaba en su mano era el anillo nupcial que colocára en ella una nieta de Felipe V y de Luis XIV. Viendo su sonrisa placentera, de benevolencia é interes, ¿cuántas veces llegarían á proponerle una plaza de *regisseur* ó una covacha de *apunte* á aquel á quien habian obedecido ejércitos y armadas, que habia hecho la guerra á la gran república, y que habia celebrado tratados de potencia á potencia con el grande Emperador!

»Ciertamente que la suerte singular de este hombre, tanto en su rápida y asombrosa elevacion, como en su profunda caida y dilatada agonía, es notabilísima y única acaso en los anales de la Historia.—La nuestra especialmente, tan pródiga en azares de esta especie, no presenta, sin embargo, uno idéntico en ambos casos.—Don Alvaro de Luna y D. Rodrigo Calderon, muriendo en un cadalso en las plazas de Valladolid y de Madrid, concluyeron lógicamente su trágica historia. Antonio Perez, sublevando el reino é intrigando en los extranjeros contra su perseguidor, sólo se le parece en haber dejado sus huesos en la vecina capital francesa.—El Conde-Duque de Oliváres y el de Lerma, refugiados en sus estados ó bajo la sagrada púrpura romana, apenas sobrevivieron á su desgracia.—El Padre Nithard, D. Fernando Valenzuela, Alberoni, Riperdá, la Princesa de los Ursinos y el Marqués de Esquilache, todos murieron alejados, sí, del teatro de sus triunfos, pero no olvidados ni anulados completamente en grandeza política.—Godoy solo ha ar-

rastrado durante casi medio siglo una existencia incógnita y miserable en presencia de los grandes acontecimientos europeos y sin figurar en ninguno de ellos : ha sobrevivido á su propia historia : ha oído sobre ella los juicios de la posteridad : ha asistido á sus propias exequias , y ha visto indiferente el olvido de tres generaciones. Sólo su muerte , á los ochenta y cuatro años de edad y cuarenta y cuatro de su caída , volvió á hacer resonar su nombre por un momento y á revelar á la capital vecina su existencia en ella. ¡ Sólo algunos españoles, testigos de aquella respetable ruina, acompañaron su cadáver á la bóveda de San Roque , donde fué depositado *mientras se le traslada á su patria!* ¡ Sólo las presentes líneas ha merecido á la prensa española la memoria del Príncipe de la Paz ! »

Esto decia yo en 1852 al ocurrir la muerte de D. Manuel Godoy, y sólo me resta añadir que este su último deseo de que sus restos fuesen trasladados á su patria, tampoco se vió realizado.—En mi último viaje á París en 1865 , visitando como de costumbre el cementerio del *P. Lachaise*, y más especialmente aquel recinto que se extiende á la izquierda de la capilla, y que por el número de nuestros paisanos que allí descansan suelen llamar los dependientes del Cementerio *La Isla de los Españoles*; allí donde se encuentran, entre otros muchos enterramientos, los de Moratin, Urquijo, Fernan-Núñez, García Suelto y el tenor Manuel García, y no léjos del sitio en que se ve la sepultura del general Ballesteros con su busto en bronce sobre una media columna, hay un pequeño espacio cercado por una reja , y al frente de él se lee en una humilde losa que *allí reposan los restos de D. Manuel Godoy*, de aquel monstruo de la fortuna , y ejemplo tambien asombroso de la desdicha humana.

CAPÍTULO II.

1808.

EL DOS DE MAYO.

I.

En los cuarenta dias que median entre el 19 de Marzo y el 2 de Mayo ocurrieron notables sucesos ; que iban desarrollando el terrible drama de 1808, iniciado por aquel alzamiento nacional. Pero, como vuelvo á repetir que ni mi propósito ni la tierna edad en que me encontraba sean conducentes á escribir historia, que por otro lado está hecha y repetida hasta la saciedad, sólo habré de limitarme á trazar impresiones propias, á narrar algunos incidentes de los que pude presenciar ó estaban al alcance de mi limitadísima comprension.—Fácil me sería, consultando libros y periódicos, reproducir bien ó mal una de tantas relaciones de aquellos trascendentales sucesos ; pero esto, léjos de acrecer, entiendo que debilitaría el interes de este relato, que si alguno tiene, no puede ser otro más que la forma sencilla, veraz, íntima é infantil con que brota espontáneamente de mi pluma.

Sea el primero de aquellos incidentes ó episodios (y acaso el único que pude presenciar materialmente) la

entrada en Madrid del nuevo rey Fernando VII, verificada el día 24 de Marzo, á los cinco días del famoso motin contra el favorito y la abdicacion de Carlos IV. Esta entrada, verdaderamente triunfal, y acaso única en su género, dejó tan honda huella en mi memoria, que hoy, despues del tiempo trascurrido, la veo reproducida en ella con toda lucidez, como en el mismo momento de su accion.

Trasladado, como toda la familia, á un balcon de la calle Mayor y casa, hoy derribada, esquina á la de la Caza, que habitaba el sastre Domingo N., que solia vestirnos á los chicos, pude contemplar á mansalva y con toda la avidez propia de una criatura aquel solemnísimo suceso, en que un pueblo delirante, ebrio de entusiasmo, recibia al Monarca que alcanzaba á excitar todas sus simpatías y en quien cifraba todas sus esperanzas.—Venía á caballo, ostentando su juvenil persona, no exenta de arrogancia y dignidad; precedíanle cuatro batidores de Guardias de Corps y le seguian en un coche cerrado su hermano D. Carlos y su tío D. Antonio Pascual, con lo cual y una ligera escolta de la misma Guardia concluia todo el cortejo, sin más carrozas ni comitiva, sin más tropas tendidas en la carrera, sin más arcos ni decoraciones de las que con harta ménos espontaneidad le fueron prodigadas despues.

Pero, á cambio de estas demostraciones oficiales, ¡qué sinceridad de aplauso, qué delirio de entusiasmo, qué vértigo de pasion, de idolatría! — He dicho que venía á caballo, y no es exacta la expresion; venía, sí, montado en un blanco corcel; pero ambos eran llevados materialmente en vilo por la inmensa muchedumbre, que apénas permitia al bruto poner los piés en el suelo, ni al jinete saludar con la mano ni con el sombrero á la apiñada multitud; hombres y mujeres, niños y ancianos se abalanza-

ban á él, á besar sus manos, sus ropas, sus estribos; otros arrojaban al aire sus sombreros, ó despojándose de sus capas y mantillas las tendian á los piés del caballo, y hubiéranse arrojado ellos mismos como los indios budistas bajo las ruedas del carro de Jagrenat. En tanto, de los balcones, buhardillas y tejados de las casas, no ménos henchidos de gente, llovian flores y palomas, agitábanse los pañuelos, ó subiéndose muchos á las torres de las iglesias, volteaban con frenesí las campanas, ó disparaban cohetes y tiros de arcabuz.—No es posible describir esta escena, pero bastará decir que desde que se observó el movimiento ocasionado por la presencia de Fernando en la Puerta del Sol y Gradas de San Felipe el Real, hasta que llegó á pasar por bajo de los balcones en que yo estaba, medió más de una hora, y otra por lo ménos debió trascurrir hasta su llegada al Palacio Real.

Embriagados con el entusiasmo los fidelísimos madrileños, apénas habian echado de ver que las tropas francesas, que al mando del Príncipe Murat, cuñado del Emperador y Gran Duque de Berg, habian entrado el dia ántes en la Capital, y que, segun la más general é insensata creencia, venian *exprofeso* á colocar sólidamente á Fernando en el Trono, no habian hecho la más mínima demostracion de cortesía, no se habian presentado en la carrera ni fuera de ella, dando á conocer con este desvío la más absoluta reserva, cuando no una marcada hostilidad á la persona del nuevo Rey.

Y desde aquel mismo instante empezó á caer la venda de los ojos de los obcecados españoles, y empezó á germinar la sospecha sobre la verdadera índole de la presencia en España del ejército frances; al paso que desde aquel punto tambien empezó á verificarse la vergonzosa serie de humillaciones de parte de Fernando y su Côte, á que correspondia el arrogante Murat con el desvío y reserva

que sin duda le estaban recomendados por su cuñado el Emperador.

Esta humillante puja de mísera adulacion y de artera falsía consignada está en la historia, y sería inoportuno reproducirla aquí, tanto más, cuanto que sólo por ecos vagos podia llegar hasta mi tierna comprension. Estos ecos no eran otros que los animados debates que escuchaba constantemente, sostenidos entre mi padre y sus amigos y comensales ordinarios. Distinguíanse especialmente en estos diálogos y acaloradas disputas de sobremesa, iniciadas generalmente por el americano D. Juan de Dios de Campos (Santovenia), hombre culto y de alguna, aunque superficial, instruccion, grande admirador de Napoleon (cuya historia tenía sobre la mesa), partidario tambien de Fernando y adverso al favoritismo de Godoy; el cual tenía, ó decia tener, algunas relaciones con los que rodeaban al nuevo Rey, y especialmente con el funesto personaje (D. Juan de Escoiquiz) que habíale servido de ayo, de preceptor y de consejero áulico (digno Mefistófeles de tal Fausto), y que con las indiscretas inspiraciones de su torpe vanidad no paró hasta llevarle desde la prision-celda del Escorial hasta que le hubo entregado indefenso en Bayona, en manos de Napoleon.—Las humillantes cartas de Fernando, como príncipe y como rey, solicitando la amistad y proteccion del Emperador y la mano de una princesa de su familia; las vergonzosas adulaciones á Murat, llevadas hasta el extremo de entregarle con gran pompa la espada de Francisco I, rendido en Pavía, á la menor insinuacion de «que le sería muy grato poseerla á su cuñado el Emperador», ó prestándose á la superchería de la próxima venida á Madrid del mismo Napoleon, con el objeto de saludar á Fernando y afirmarle en el trono, á cuya sola idea respondia presuroso éste, enviando primero á la frontera tres de los más caracteriza-

dos Grandes de España, luégo á su hermano D. Cárlos, y por último, arrojándose en sus brazos él mismo con incalificable imprudencia y ceguedad; obra era todo de la fatuidad, ignorancia y ambicion del canónigo toledano, de aquel nuevo D. Opas, cuyo orgullo fanático precipitó en semejante abismo al Rey y á la nacion.

Todos estos fatídicos pormenores llegaban á noticia de mi padre por boca del americano Campos, obcecado todavía en aquellos errores de apreciacion; pero mi padre, más receloso y chapado á la antigua, y que sólo consultaba á su propia conciencia y patriotismo, revolvíase diariamente contra estos sucesos, y apoyado con los naturales argumentos de los amigos y vecinos los Sres. Cavia (1), Cortijo, Gil de la Cuesta, Escandon y otros, armaban tales disputas, que aunque yo no alcanzaba á comprenderlas por el pronto, los años y la historia vinieron luégo á hacérmelas descifrar.

Sólo recuerdo una mañana en que el amanuense de mi padre, D. José N. (á quien los chicos conociamos por *D. José Bujeros*, á causa de los innumerables hoyos de las viruelas que desfiguraban su rostro y le convertian en una esponja), vino muy entusiasmado diciendo que aquel mismo dia llegaba el Emperador á Madrid, á consecuencia de lo cual estaban ya colgados los edificios de Correos, Aduana, Consejos, etc., y que el Rey en persona iba á salir á esperarle.—Pero el Emperador, que á la sazón no se

(1) Este D. Clemente Cavia, cuyos balcones daban frente á los de mi casa, era el tronco de la famosa familia de este apellido, que, andando los años, produjo tan acendrados defensores al despotismo de Fernando VII, ya en la persona de D. Juan, obispo de Osma y regente del reino en la regencia de Urgel, ya en la de D. Alfonso, celeberrimo alcalde de Casa y Corte; de D. Mariano, diplomático en varias Córtes y en el Ministerio de Estado, y de D. Vicente, apasionado jefe de voluntarios realistas en 1823.

habia movido de París ó de Milan, no llegó, como era de presumir, y en su lugar sólo se recibieron un par de botas y un sombrero (*petit chapeau*) de los que él acostumbraba á usar, todo lo cual fué solemnemente colocado en Palacio al lado de la cama imperial preparada para que descansase su imperialísima majestad (1).

El pueblo de Madrid, testigo de tan insólitas ridiculeces, y agriado en lo más vivo de su orgullo por la insultante presencia de las tropas francesas y de su caudillo, el altanero Murat, se enredaba á cada paso en sérias controversias, burletas y demasías con sus petulantes huéspedes, y la más mínima ocasion era un pretexto para que se iniciasen conflictos, que, si no graves por el pronto, auguraban bien inminentes otros mayores. Hombres y mujeres dirigian á los soldados franceses enconados apóstrofes ó insultantes equívocos, animados por la seguridad de no ser comprendidos, y en toda la poblacion surgieron de improviso canciones y tonadillas en loor de Fernando y de España. La más popular y primera en el orden de su aparicion fué la que por su misma simplicidad llegó á verse reproducida hasta lo infinito desde Lavapiés hasta Maravillas, y desde la puerta de la Vega hasta la de Alcalá. Esta dichosa cantilena, que no se caia de los labios de mujeres y niños, tenía por estribillo la ridícula muletila de «*Juana y Manuela*» en estos términos :

Cuando el rey D. Fernando
Larena
Va á la Florida,
Juana y Manuela,
Va á la Florida,
Prenda,

(1) Histórico.

Hasta los pajaritos
Larena
Le dicen ¡ Viva!
Juana y Manuela,
Le dicen ¡ Viva!
Prenda (1).

Con estas y otras coplas de inocente rusticidad, acompañadas de panderos y guitarras, con que ensordecían la población, procurábanse acercar todo lo posible á la antigua mansion del favorito, á la sazón del príncipe Murat (palacio contiguo á doña María de Aragon), acompañando esta algazara con entusiastas vivas á Fernando, á la Religion, á la España, y á la Virgen de Atocha, todo con el piadoso objeto de mortificar en lo posible al enfadoso huésped, á quien por instinto cordialmente detestaban.— Éste, por su parte, ganoso de recoger el guante, ostentábase casi diariamente al frente de sus tropas, luciendo su gentil persona, lujosa y casi extravagantemente ataviada, y su hermosa cabellera rizada en tirabuzones, que, al decir de algun historiador frances, hacíanle aparecer como el Apolo de Bellvedere á caballo. Pasaba aparatosas revistas en el Prado, los domingos, despues de la misa, á que asistian en la iglesia del Cármen Descalzo, hoy parroquia de San José, en la calle de Alcalá.

Especialmente desde la salida de Fernando de Madrid, el pueblo no sabía ya contener su encono y ojeriza contra los franceses; en las calles, en los mercados, en los paseos, chocaba diariamente con ellos, y á pesar de la extremada vigilancia y precaucion de las autoridades españolas, cada dia era señalado con un nuevo choque, que estaba á punto de convertirse en serio conflicto, ya en la

(1) De esta cancion y de las demas que recordaré más adelante retengo perfectamente la música ó tonillo, que siento no saber estampar en el papel.

Plaza Mayor ó en la plazuela de la Cebada entre vendedores y soldados, ya en Carabanchel con motivo de una funcion del pueblo, ya en las revistas del Prado; hasta en la misma iglesia, de donde se salia todo el mundo cuando veia entrar á los franceses con redobles de tambores y músicas y conservando en la cabeza sus gorras de pelo, profanacion que á los ojos del pueblo era signo de su impiedad.

Todo esto por lo que respecta á las clases más populares, los manolos de Lavapiés y los chisperos del Barquillo, que se deshacian á entonar la consabida cantilena de *Juana y Manuela*, entre expresivos adjetivos de su cosecha. Por lo que hace á las clases más decentes, y en el interior de las casas, puedo juzgar por la de mi padre cuán cercanas estaban á expresar aquellos mismos afectos. El ejército frances no era ya en su boca sino la tropa de *gabachos y franchutes*; el emperador Napoleon se habia convertido en el *Curso Bona ó Malaparte*, y en cuanto á su cuñado el Gran Duque de Berg, era ya designado como el *Gran troncho de Berzas* ó cosa tal.

Entre tanto, iban siendo conocidas las repugnantes escenas del drama que se estaba representando en Bayona; drama vergonzoso, en el cual todos los personajes, desde el Emperador á los Reyes padres, y desde Fernando á sus míseros consejeros, no parece sino que se esforzaron en inaudita puja de indignidad y de vergüenza.

Una tarde de los últimos dias de Abril presentóse en casa muy azorado el ya referido amanuense *Bujeros*, que venía de la imprenta de Eusebio Alvarez, donde habia ido por encargo de mi padre, y volvia diciendo que acababa de presenciar un verdadero motin delante de aquella imprenta, porque habiendo llevado unos oficiales franceses, para hacerla imprimir, la proclama de Carlos IV, en que se retractaba de su abdicacion, y negándose, como era

natural, el referido Alvarez á imprimirla sin órden del Consejo, hubo de llegar á noticias del pueblo el altercado, tomando éste tales proporciones, que á duras penas pudieron escapar los oficiales franceses, estando en un tris que no empezase allí mismo el Dos de Mayo (1).

La escena, pues, habia cambiado completamente, hasta convertirse, de afrentosa y ridícula, en altamente trágica y solemne, y hasta el mismo americano Campos, desengañado ya de sus ilusiones, convenia en la perfidia del Emperador de los franceses y en la incapacidad de Fernando y sus consejeros; hasta que en la tarde del domingo, 1.º de Mayo, regresó á casa muy agitado, prediciendo el riesgo de una inminente colision sangrienta entre el pueblo y las tropas francesas, á quien habia visto silbar estrepitosamente aquella tarde, al pasar, con Murat á su cabeza, por la Puerta del Sol.

Todo el mundo sabe cómo y en qué proporciones tan inmensas estalló aquel movimiento en la mañana del siguiente día 2, y la Historia lo ha reproducido hasta en sus más mínimos detalles. Especialmente el Conde de Toreno, testigo presencial y activo en aquella heroica jornada, la pinta con sentida animacion, y la lira del poeta y del músico la han ensalzado hasta convertirla en el poema é himno verdaderamente nacional.

Por mi parte, pobre criatura de cinco años escasos (los

(1) Histórico.—Este impresor, Eusebio Alvarez, que tenía su imprenta en el Postigo de San Martin, era el mismo de que se valia mi padre para imprimir las *Relaciones de méritos, títulos y grados* que acostumbraban á presentar los pretendientes á judicaturas y piezas eclesiásticas, y pocos años despues oí de la misma boca del impresor este ruidoso acontecimiento, de que hace mencion el Conde de Toreno. Casualmente en esta imprenta hice yo mis primeras armas literarias en 1822, y del mismo Alvarez conservo algunos folletos de aquella época, de que haré mencion en su lugar.

cumplí el día 19 de Julio de aquel año, tan célebre por la gloriosa jornada de Bailén, como nacido que era en igual fecha de 1803), sólo habré de limitarme á consignar la fiel pintura del interior de mi casa y familia en tan tremendas horas, lo que, á falta de importancia general, habrá de ofrecer al ménos algun interes relativo por su veracidad y su colorido. Y para trazarla en sus términos propios, vuelvo, pues, á abrazarme con el faldellin y la chichonera, y..... ¡ojalá me la hubieran puesto aquella mañana!

II.

Las diez poco más ó ménos serian de ella, cuando se dejó sentir en la modesta calle del Olivo la agitacion popular y el paso de los grupos de paisanos armados, que con voces atronadoras decian: ¡Vecinos, armarse! ¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los franceses!—Toda la gente de casa corrió presurosa á los balcones, y yo con tan mala suerte, que al querer franquear el dintel con mis pierrecillas, fuí á estrellarme la frente en los hierros de la barandilla, causándome una terrible herida, que me privó de sentido y me inundó en sangre toda la cara. Mis padres y hermanitos, acudiendo presurosos al peligro más inmediato, me arrancaron del balcon, me rociaron, que supongo, con agua y vinagre (árnica de aquellos tiempos), me cubrieron con yesca y una pieza de dos cuartos la herida y me colocaron en un canapé, á donde volví en mí entre ayes y quejidos lastimeros.

Este episodio distrajo á todos por el momento de la agitacion exterior; pero arreciando el tumulto y escuchándose más ó ménos cercanos algunos disparos, hubieron de decidirse á cerrar los balcones, reforzando el cierre

con los gruesos barrotes ó trancas, que entónces eran de general uso en todos ellos, en gracia sin duda de la seguridad personal que ofrecia aquella sociedad. Mi madre, sin desatender el cuidado del herido, acudió presurosa á encender algunas velas delante de una imágen del Niño Jesus, que encerrada en una urna de cristal campeaba sobre la cómoda, por bajo del *tremor* ó espejo, y sacando luégo su rosario, se puso á rezar con fervor. Mi padre fué, sin conseguirlo, á detener al amanuense (Bujeros), que se empeñaba en ir á la calle á ver lo que pasaba; y el americano Campos y su sobrino el Guardia Montenegro tambien se marcharon, porque—decia este último—que á la menor señal de tumulto tenian orden expresa de encerrarse en su cuartel.

Pocos momentos despues de haber salido de casa, se presentó en ella muy azorado otro individuo del Cuerpo, que por lo que pude entender se llamaba *Butron*, y no sé si sería el mismo que despues figuró en la guerra con el grado de general (1); pero éste no sólo venia á recoger á Montenegro, sino tambien á dejar su espada y alguna prenda de vestuario, para evitar, segun decia, que los grupos de paisanos le obligasen á ponerse á su cabeza; pintando de paso lo formidable del alzamiento, con que dejó á mis padres en congoja extrema, é hizo á mi pobre madre reforzar con otro par de velas la imágen del Niño Jesus.

Pasaban las horas en tan crítica ansiedad, cuando vino

(1) Bien considerado, me persuado que sí; en la Guía de aquel año leo como garzon del Cuerpo de Reales Guardias á D. Fernando Butron, y el Conde de Toreno dice que era ayudante del Capitan general de Alabarderos, Marqués del Castelar. Y como mi padre era apoderado general de dicha casa y estados, acaso la presencia de Butron en la mia tuviera algun objeto en este sentido.

á exacerbarla otro incidente aún más fatal, y fué el escucharse un tiro, disparado, al parecer, de la propia casa, á que contestaron otros varios desde fuera, dirigidos á los balcones de ella, algunas de cuyas balas se estrellaron en las fuertes maderas de cuarterones ó en los infinitos clavos de la puerta del portal, que habia tenido cuidado de cerrar el zapatero remendon que hacía las veces de portero.

Aquí la consternacion se hizo general, y creció de todo punto cuando á pocos momentos presentóse muy demudado el inquilino del cuarto tercero (D. Tadeo Sanchez Escandon), confesando que él habia sido el que habia disparado su escopeta contra un centinela ó piquete de franceses que estaba en la esquina de la calle del Carmen, y que sin duda éste era el motivo de que los aludidos hubiesen contestado con otros disparos á los balcones y fuertes culatazos á la puerta, que, segun despues se supo, marcaron con las bayonetas con una X fatal (1).

En medio de la angustia general y de las recriminaciones hechas al causante inadvertido de este desman, hubo que atender por el pronto á su evasion, que verificó por una buhardilla ó desvan interior de la casa, en que mi madre tenía su bien provista dispensa, con lo cual quedaron algun tanto apaciguados los ánimos, si bien con el recelo que es de suponer.

Bien entrada la tarde, aparecieron patrullas de caballería, á cuyo frente iban las autoridades civiles y militares, varios consejeros de Castilla y hasta los ministros

(1) Los hijos de este caballero, Sres. D. Dionisio y D. Manuel, que entónces no habian nacido y ocupan hoy un lugar muy distinguido en nuestra sociedad, ignoran de todo punto que yo conservo esta triste reminiscencia de su señor padre, el que, emigrado despues á Cádiz, llegó á una gran fortuna y distinguida consideracion hasta su muerte, acaecida en 1841.

Urquijo, Azanza y otros, que, enarbolando pañuelos blancos, decían : « *Vecinos, paz, paz, que todo está compuesto* »; cuyas voces parecían derramar unas gotas de bálsamo sobre los angustiados corazones; pero acabada de cerrar la noche, comenzaron á oirse de nuevo descargas más ó ménos lejanas y nutridas, que parecían (y éranlo en efecto) producidas por los franceses, que inmolaban á los infelices paisanos á quienes suponían haber cogido con las armas en la mano. Estos cruentos sacrificios se verificaban simultáneamente en el patio del Buen Suceso, en el Prado á la subida del Retiro y delante de las tapias del convento de Jesus, en la Montaña del Príncipe Pío y en otros varios sitios de la poblacion.

A todo esto, mi madre redoblaba sus rosarios y letanías; mi padre se paseaba agitadísimo, y los chicos, y yo especialmente, por el dolor de mi herida, llorábamos y gemíamos, faltos de alimento, que nadie se cuidaba de prepararnos, y de sueño, que no podíamos de modo alguno conciliar.—Y las descargas cerradas de fusilería continuaban en diversas direcciones, lo que, supuesta la falta de resistencia y la sujecion del pueblo, daba lugar á presumir que los inhumanos franceses se habían propuesto exterminar á Madrid entero.—Y era, segun se dijo despues, que el sanguinario Murat, aplicando en esta ocasion el procedimiento seguido por su cuñado Bonaparte en las célebres jornadas del Vendimiario, había dispuesto que en las plazas y calles principales, así céntricas como extremas, continuase durante toda la noche aquel horrible fuego, aunque sin direccion, y con el objeto de sobrecoger y aterrorizar más y más al vecindario.—¡Qué noche, Santo Dios! Setenta años se cumplen cuando escribo estas líneas, y siglos enteros no bastarian á borrarla jamas de mi memoria.

Muy entrada ya la mañana del siguiente día 3, apareció en casa el amanuense, á quien ya todos creíamos en el otro mundo, contando los incidentes del trágico drama del día anterior, y de que Dios se había dignado libertarle. Hablaba atropelladamente y como fuera de sí de las várias espantosas escenas de que decia haber sido testigo en la plaza de Palacio, donde, como es sabido, empezó el alzamiento del pueblo, cortando los tiros de los coches en que iban á ser trasladados los Infantes á Francia, y acometiendo con insano furor á la escolta de caballería francesa; hablaba de haber visto más tarde en la Puerta del Sol la desesperada y casi salvaje lucha de la manolería con la odiada y repugnante tropa de los *Mamelukos* franceses, á quienes apellidaban *los moros*, por su traje oriental; — decia haber visto meterse á las mujeres por bajo de los caballos para hundir en sus tripas las navajas, y encaramarse á los hombres á la grupa de los mismos para hacer á los jinetes el propio agasajo. Referíase también á la más séria y enconada lucha del Parque de Monteleon, y á las horribles venganzas del frances en revancha de la resistencia de aquellos héroes. De todo esto, que narraba *Bujeros* con su natural verbosidad, habia, segun mi padre, que rebajar no poco, haciéndole, sin embargo, las concesiones que reclamaba su natural andaluz; pero yo creo más bien que en la ocasion presente se quedó muy por bajo de la realidad.

Poco despues llegó á casa el americano Campos, que habia pasado la noche y gran parte del día encerrado en el cuartel de Guardias de Corps; pero éste, en vez de calmar con su presencia y sus palabras la congoja de mis padres, la acreció sobremanera, trayendo en sus manos la horrible órden del día ó proclama de Joaquin Murat, que no se publicó hasta el día 4, es

decir, despues de haber recibido su bárbara ejecucion (1).
Un grito de horror y de desesperacion levantóse en-

(1) *ORDRE DU JOUR.*

Soldats : La populace de Madrid égarée s'est portée à la revolte et à l'assassinat. Je sais que les bons Espagnols ont gémi de ces désordres, je suis loin de les confondre avec des misérables avides de crimes et de pillage. Mais le sang français a coulé; il demande vengeance. En conséquence j'ordonne ce qui suit :

ARTICLE I.

Le Général Grouchi convoquera cette nuit la Commission militaire.

ART. II.

Tous ceux qui dans la revolte ont été arrêtés les armes à la main seront fusillés.

ART. III.

La Junta d'État va faire désarmer la Ville de Madrid. Tous les habitans qui après l'exécution de cette mesure seront trouvés armés, ou conserveront des armes sans une permission spéciale, seront fusillés.

ART. IV.

Toute réunion de plus de huit personnes sera regardée comme un rassemblement séditieux, et dispersée à coups de fusil.

ART. V.

Tout Village où sera assassiné un français sera brûlé.

ART. VI.

Les Maitres demeurent responsables de leurs domestiques, les Chefs d'Ateliers de leurs ouvriers, les pères de leurs enfans, et les Supérieurs des Couvents de leurs Religieux.

ART. VII.

Les auteurs, distributeurs ou vendeurs de libelles imprimés ou manuscrits provoquant à la sédition, seront regardés comme Agens de L'Angleterre, et fusillés.

Donné en notre Quartier Général de Madrid, le 2 Mai 1808.

Signé, JOACHIM.
Par Monseigneur,
Le Chef d'État Major Général,
BELLIARD.

tónces en toda la familia, considerando la inminencia del peligro de ver asaltada la casa *de donde se habia hecho fuego*, y cuando no quemada, saqueada implacablemente y asesinados todos sus moradores; pero la ocasion no era sólo lamentable, sino angustiosa y fatal por extremo, y siguiendo el parecer autorizado del americano Campos, no habia más partido que tomar que decidirse á abandonarla, repartiéndose la familia en las casas de los amigos más allegados.—Y no hubo más, sino que con el sobresalto y angustia que puede presumirse, verificóse este obligado abandono, yendo mi padre con parte de los niños á casa del Marqués del Castelar, y tocándome á mí con mi angustiada madre ir á refugiarnos á casa de don José Fernandez y Garrida, que estaba casado con una hermana del futuro orador y presidente del Congreso D. Alvaro Gomez Becerra; esta casa se hallaba y se halla situada en la pequeña plazuela de Trujillos, formando escuadra con la del Sr. D. Cándido Alejandro Palacio, Conde de Berlanga de Duero, mi actual y querido amigo, y en ella permanecimos no sé cuántos dias, hasta que publicada, con fecha del dia 6, la nueva y sarcástica proclama del pro-cónsul Murat (1), en que ofrecia ciertas

(1)

SOLDADOS:

El dia 2 os fué preciso acudir á las armas para repeler la fuerza con la fuerza.

Habeis hecho vuestro deber: satisfecho de vuestra conducta, he dado cuenta de ella al Emperador.

Tres soldados se han dexado quitar sus armas: ya no merecen estar en el ejército frances, y se les ha declarado indignos de servir con vosotros.

Ahora todo está ya tranquilo. Los culpados, ó los que se dexaron seducir están castigados, ó han conocido su error. Restablézcase, pues, la confianza pública, y échese un velo sobre lo pasado.

Soldados, renovad vuestras relaciones amistosas con el pueblo español.

seguridades, pudimos regresar á nuestros abandonados hogares, reuniéndose en ellos toda la familia, aunque en el estado deplorable á que nos reducía nuestra triste situación.

Por lo que á mí toca, es natural suponer que me distraería pronto, con mis hermanitos, de tan horribles sensaciones, y que sólo me preocupase algún tanto el dolor de la herida, que áun sentía en la frente; pero cuando, muchos años despues, y ya hombre, contemplaba al espejo su profunda cicatriz, un sentimiento de orgullo se apoderaba de mí, exclamando como el Corregio:—«*Anch'io son pittore.*»—Yo tambien fuí una de las víctimas del Dos de Mayo.

Es acreedora á muchos elogios la conducta de las tropas españolas que se hallaban en esta Córte; y debe, por lo mismo, cimentarse cada dia más la buena inteligencia que ha reynado entre los dos ejércitos.

Vecinos de Madrid, españoles de toda la Península, que descanse vuestro espíritu, y deseche todo rezelo infundido por los malévolos. Seguid vuestros negocios, vuestras costumbres, y no considereis á los soldados del Gran *Napoleon*, protector de las Españas, sino como á unos soldados amigos, unos verdaderos aliados.

Los ciudadanos de todas clases pueden usar la capa, segun su costumbre: nadie deberá detenerlos ni incomodarlos por este motivo.

Firmado, JOACHIM.

Por órden de S. A. I. y R.,
El General de Division, Gefe del Estado Mayor,
AGUSTIN BELLIARD.

CAPÍTULO III.

1808.

DEL 2 DE MAYO AL 4 DE DICIEMBRE.

I.

La tercera y última jornada del gran drama de 1808 en Madrid tuvo su desenlace en los primeros días de Diciembre, cuando Napoleon en persona, al frente de un ejército numeroso, penetró en ella, no ya (como un tiempo se imaginaron sus moradores) cual amigo y aliado, sino como dominador y dueño absoluto de imponerla su yugo.

Pero ántes de realizarse esta gran desdicha, y en los meses que mediaron desde el 2 de Mayo, ocurrieron sucesos, alternaron vicisitudes tales, que sería imposible de todo punto prescindir de ellas, si ha de darse el enlace debido á esta sencilla narracion, por mucho que pretenda reducirla á los términos que me propuse.

Conviene, por lo tanto, trasladarnos en imaginacion á los días que siguieron á aquel inmortal en que, ahogado en sangre el heroico ardimiento de los madrileños, hubieron de ceder necesariamente ante fuerzas tan superiores, á la inicua tiranía del pérfido Murat.

Arrojada ya la máscara, violadas y escarnecidas todas

las seguridades del amigo, del protector, del huésped, y convertido el ejército frances y su odiado jefe en tiránico opresor de la capital, aprovechó los primeros momentos del terror producido por su crueldad para desembarazarse hasta del menor asomo de competencia en su autoridad omnimoda y exclusiva; dispuso la traslacion inmediata á Francia de las personas de la Real familia que áun quedaban entre nosotros, entre ellas las del Infante D. Antonio Pascual, presidente de la Junta Suprema de Estado, que estaba encargada de la gobernacion durante la ausencia del Rey, y la anuló virtualmente, poniéndose á su frente con el título de *Lugarteniente general del Reino*.—Por cierto que al desprenderse de su autoridad aquel menguado del infante D. Antonio, y al poner el pié en el estribo del carruaje el dia 4 de Mayo, tuvo la infeliz ocurrencia de despedirse de sus compañeros de la Suprema Junta, con aquella donosa carta, denunciante ante el tribunal del sentido comun, que empezaba con estas palabras: «*A los señores de la Junta digo cómo me he marchado á Bayona*»; y concluía: «*Dios nos la depare buena. Adios, señores, hasta el Valle de Josafat*»; documento verdaderamente incalificable, que provocaria la risa si no produjese un hondo sentimiento de indignacion y de lástima al contemplar en qué manos habia caido la suerte y direccion de una nacion heroica y animosa, arrojada de este modo á los piés del altivo dominador del continente europeo.

El pueblo de Madrid y el de España entera, respondiendo instantáneamente con viril energía á los impulsos de su patriotismo y de su honor, anatematizó de la manera más solemne tamañas ruindades como ofrecian simultáneamente en Madrid y Bayona todos los individuos de la familia Real. Pero por de pronto no podia hacer más que ahogar la voz de su encono y lamentarse en silencio de su innecesaria y horrorosa esclavitud.

Por lo que puedo recordar (y prescindiendo de estas indicaciones generales, que acaso contra mi propósito se escaparon de mi pluma), la situacion de Madrid en aquellos infaustos dias, ante el cambio tan brusco de situacion, no podia ser más terrible y angustiosa. Retraido el vecindario en sus casas, sin comunicarse apénas entre sí, y huyendo instintivamente de calles y paseos, donde pudiera ofenderle la odiada presencia de sus verdugos, éstos y sus jefes pudieron á mansalva desplegar todo el lujo de su arrogancia y dar á conocer en sus *Boletines* los odiosos Manifiestos de Bayona; la renuncia vergonzosa de la corona de España en la persona de Napoleon; la trasmision que éste tuvo á bien hacer de ella á favor de su hermano José; la formacion del ridículo Congreso y la presentacion de una Constitucion otorgada que habia de regir en los extendidos dominios de España é Indias. Todo esto, acompañado de los correspondientes firmames del gran Emperador, del flamante Rey y de sus lugartenientes generales Murat y Sabary, que sucedió á aquél en su pro-consulado. Estas disposiciones, publicadas en la *Gaceta*, eran recibidas por la mayor parte del vecindario con la más profunda indignacion, y en otros sitios con la más absoluta indiferencia ó desprecio.

Así pasó todo Mayo, todo Junio y gran parte de Julio, aunque reanimándose algun tanto los espíritus con las noticias más ó ménos vagas que iban llegando del alzamiento general de las provincias, del aspecto formidable de la resistencia que se ostentaba ya desde las cumbres de Covadonga hasta las playas gaditanas, desde las gargantas del Pirineo hasta los pensiles valencianos ó las llanuras de Castilla; del entusiasmo con que todos los pueblos unánimemente y con un impulso sobrenatural, espontáneo y enérgico, iban respondiendo al heroico grito lanzado el 2 de Mayo por el pueblo de Madrid.

Entre tanto el nuevo rey José, á quien la voluntad soberana de su hermano habia arrancado del s6lio de Nápoles (donde estaba por lo m6enos tolerado), para llamarle á servir de blanco á las iras, 6 m6as bien al menosprecio de los espa1oles, colocando sobre su cabeza el I. N. R. I. ignominioso, resign6base á tomar posesion de una corona que tan de espinas se le anunciaba; y adelant6ndose hasta la capital con fuerzas suficientes, lleg6 á Chamart6n el dia 20 de Julio, y en el siguiente hizo su entrada en Madrid, en medio del m6as profundo desv6o de la poblacion; contraste verdaderamente asombroso con la recepcion hecha á Fernando el 24 de Marzo.—¡Y las tropas francesas, que habian presenciado uno y otro suceso, mentalmente hubieron de compararle, y no dejarian de vaticinar las funestas consecuencias que de esta comparacion se deducian!

Repiti6se, pues, absolutamente y en t6rminos id6nticos el espect6culo que habia ofrecido el pueblo madrile1o en 1710, cuando por una de las vicisitudes de la guerra de sucesion hubo de penetrar en su recinto el odiado Archiduque de Austria. Pero al m6enos 6ste, en su buen criterio, viendo el silencio de las calles, la ausencia absoluta de la poblacion, y el desairado papel que le tocaba representar, tuvo la feliz inspiracion de volverse desde la Plaza por la calle Mayor, diciendo *que Madrid era un lugar desierto*; mas el pobre Jos6, á quien estaba impuesta de 6rden superior la irrisoria corona, no pudo adoptar aquel partido, y entr6 en Palacio, si bien por ent6nces hubo de ocuparle muy contados dias.—El Ayuntamiento de Madrid y el Consejo de Castilla, cediendo al miedo m6as bien que á la conviccion, dispusieron, sin embargo, que el pr6ximo dia 25, en que se celebra el Ap6stol Santiago, se verificase la solemne proclamacion de Jos6, y se alzasen pendones por 6l en los balcones de la

Panadería; ceremonia irrisoria, que se celebró en medio de la mayor indiferencia, ostentando el estandarte Real el Conde de Campo Alange, por haberse negado á ello y huido el de Altamira, á quien correspondia como alférez Real (1).

¡Y en qué ocasion subia á la picota, más bien que al trono de las Españas, este desdichado! Cuando ya empezaba á extenderse el rumor de una gran victoria alcanzada por las armas españolas (la gloriosa de Bailén, librada el 19 de Julio); rumores que creciendo de dia en dia alentaban el ánimo de los patriotas, al paso que acongojaban el de los pocos y atribulados parciales del frances.

Pero estos rumores tomaron consistencia; la verdad se abrió paso, y adquiriendo el carácter de absoluta evidencia, infundió tal desconcierto y pavora en las huestes invictas de Austerlitz y de Jena, que apresuradamente se dispusieron á levantar el campo y abandonar con su rey José la capital del Reino, como así lo verificaron el dia 1.º de Agosto.

(1) No hace muchos años que cayó en mis manos un periódico inglés de aquella época (*The Morning Chronicle*), en el cual, hablando de esta ridícula farsa y de la actitud del pueblo de Madrid en aquella ocasion, transcribia en castellano y *con todas sus letras* un donoso pasquin que apareció aquella misma mañana, y que por la demasiada libertad de su expresion renunciaria á estampar aquí, si ya no lo hubiera hecho en mi libro *El Antigo Madrid*, disculpando lo atrevido de la frase con lo gráfico del pensamiento. Decia, pues, así:

« En la plaza hay un cartel
 Que nos dice en castellano
 Que José, rey italiano,
 Viene de España al dosel.
 Y al leer este cartel,
 Dixo una maja á su majo:
 Manolo, pon ahí abajo
 Que me C... en esa ley;
 Porque aquí queremos rey
 Que sepa decir: ¡C....! »

Puede figurarse cualquiera la explosion del delirio universal á tan inesperado acontecimiento. — El pueblo del Dos de Mayo, libre de sus tiranos dominadores, vuelto á la vida patria, á los objetos de su cariño, de su admiracion y de su culto; recibiendo sucesivamente y con muy cortos intervalos las asombrosas noticias del efecto producido por su heroico grito en todo el ámbito de la monarquía, que hoy celebraba la gloriosa jornada de Bailén; otro dia la inmortal defensa de Zaragoza; ora el apresamiento en Cádiz de la escuadra francesa; ora la seguridad del auxilio de Inglaterra obtenida por los asturianos; ya la formacion de Juntas provisionales; ya la improvisacion de ejércitos enteros; el sacudimiento, en fin, general, unánime, y tal como no ha ofrecido jamas la historia de pueblo alguno, se entregaba, como es natural, á todas las demostraciones de su entusiasmo, y (preciso es tambien decirlo) á algunas deplorables demasías, hijas de su rencor y resentimientos contra las situaciones pasadas.— Pocas, sin embargo, fueron estas lamentables escenas, dirigidas contra los que, ó por mala apreciacion de los medios de resistencia, ó por miedo, ó por cálculo, se habian adherido á la causa francesa : entre ellas la más señalada y vituperable fué el bárbaro asesinato cometido en la persona del ex-intendente de la Habana D. Luis Viguri, grande amigo que suponian de Godoy, á quien arrastraron inhumanamente por las calles de Madrid, estableciendo un precedente que la gente aviesa se complacia en llamar *La Viguriana*, amenazando con igual suerte á todos los que calificaba de traidores.

Entre tanto el Consejo de Castilla (en quien por cierto hubiera sido de desear algun más teson y valor enfrente de la dominacion francesa) alentaba, hasta cierto punto, aquellas demasías, y como que hacía alarde de autorizarlas, faltando á todas las leyes y conveniencias. Hé aquí

el papelito que encuentro entre los viejos de mi padre, y que copio á la letra hasta con su viciada ortografía :

« Casas confiscadas y mandadas vender por el Consejo para gastos de guerra : de diferentes traydores de la nacion que marcharon con los franceses, como tambien los muebles hallados en ellas :— Primeramente la del Duque de Frias.— Las de los Negretes, padre é hijo.— Mazarredo.— Urquijo.— Azanza.— Ofarrill.— Marques Caballero.— Cabarrus.— Marquina, Consejero de Castilla.— Duran, tambien de Castilla.— Amorós, de Indias.— *García Suelto*.— *Moratin*.— Angulo y Belasco.— *Melón*, juez de Imprentas.— Monota, agente de Negocios.— Moratus, canónigo de San Isidro.— *Estala y Llorente*, canónigos de Toledo.— *Ervás*.— *Zea*.— Romero.— Arribas.— Salinas.— San Felices.— La Condesa Jaruco.— Y hoy han prendido al Consejero Navarro y Vidal, que tantos favores hizo á Valencia quando el Duque de la Roca, y este ha escapado. »

Véase cómo el Consejo envolvía en la misma proscripción desde las personas de los ministros y superiores gobernantes, hasta las inofensivas de los literatos y hombres de ningun carácter político.

Pero apartemos la vista de esta parte sombría del cuadro, para fijarla en el espectáculo indescriptible de entusiasmo y regocijo que presentaba en su conjunto el pueblo de Madrid.— Este no podia ser más halagüeño, y quisiera que mi pluma pudiera alcanzar á imprimirle su espléndido colorido. Diríase tal vez que el intentar siquiera trasladarle al papel es una temeridad, atendidos mis cortos años ; pero á esto habré de contestar que ante tal espectáculo no la... niños ni edades ni condiciones ; todos éramos hombres, todos nos crecimos al sublime fuego del patriotismo, y sin gran dificultad hallo clara y distintamente estampado en mi imaginacion el cuadro

sublime que en aquellos momentos se desplegaba á mi vista.

A levantar y sostener aquel entusiasmo popular alzaronse las voces de nuestros más esclarecidos ingenios, los himnos del combate, las preces de la Iglesia y los cantos del pueblo en general.— El gran Quintana, apoderándose con segura mano de la lira de Tirteo, prorumpió en aquella inmortal oda que empezaba :

« *¿ Qué era, decidme, la nacion que un dia* »,

la cual no tiene precedente en nuestro Parnaso, por lo atrevido y patriótico del pensamiento, por lo vigoroso del estilo y lo apasionado del acento, no arrancado hasta entónces de las cuerdas de lira castellana.

Don Juan Nicasio Gallego exhaló de un modo incomparable los quejidos de la patria en su admirable y popular elegía « *Al Dos de Mayo.* » — Don Juan Bautista de Arriaza entonaba su magnífica « *Profecía del Pirineo* », — y D. Francisco Sanchez Barbero, D. Antonio Sabiñon, D. Cristóbal Beña, todos, en fin, los predilectos hijos de las Musas hicieron estremecerse á un tiempo todos los corazones, hiriendo las fibras del patriotismo y del honor. La música, esta expresion sublime de los afectos del alma, vino á secundar aquella explosion del público sentimiento; y música y poesía, derramándose por la atmósfera, convirtieron en un concierto armonioso y unánime aquella explosion del entusiasmo popular.

En tanto empezaron á refluir á Madrid las tropas improvisadas en las provincias, ostentando, más bien que la organizacion militar y la apostura guerrera, sus pintorescos trajes berberiscos á par que los destellos de su valor y patriotismo.— Vinieron primeramente los valencianos y aragoneses con sus anchos zaragüelles, fajas, man-

tas y pañuelos en la cabeza á guisa de turbante, entonando aquella estrofa inmortal de la clásica jota :

« La Virgen del Pilar dice
 Que no quiere ser francesa ;
 Que quiere ser capitana
 De la tropa aragonesa »,

ó bien el himno de la heroica Zaragoza, libre recientemente de los horrores de su primer sitio :

« *Zagalas del Ebro,*
Laureles tejed
Y á nuestros guerreros
Cñamos la sien.»

—
 « El sol quince veces
 Batida la vido,
 Y quince vencido
 Tornar vió al frances.
 El héroe animoso
 Que nos acaudilla
 Tuviéra á mancilla
 Dejarse vencer.»

—
Zagalas del Ebro, etc. (1).

Siguiéronles en 23 de Agosto las tropas andaluzas, las gloriosas triunfadoras de Bailén, algo más organizadas y

(1) No puedo ménos de repetir que todas estas canciones (que no creo llegasen á ser impresas) las retengo desde entónces en mi memoria, con su música respectiva, á la manera que el novísimo invento del *Fonógrafo* diz que conserva los sonidos, y que los repite á voluntad luégo que se le da cuerda ó mueven el resorte. Yo he aplicado al fonógrafo de mi memoria el registro del año 1808, y encuentro reproducidos con música y letra estos cantos patrióticos, que escuché en mi tierna edad. Si mis amigos los señores artistas quieren trasladarlos al papel, tendré el gusto de repetirselos. A esta excitacion me respondieron, honrándome con su visita, los Sres. Inzenga y Esperanza.

vestidas militarmente, con el general Castaños á su cabeza, las cuales fueron recibidas con una inmensa ovacion, al eco armonioso del himno de la victoria :

« Dupont, terror del Norte,
Fué vencido en Bailén,
Y todos sus secuaces
Prisioneros con él.
Toda la Francia entera
Llorará este baldon,
Al són de la Carmañola
¡ Muera Napoleon !
¡ Muera Napoleon !

Reunidos unos y otros á los jóvenes voluntarios castellanos y al inmenso concurso del pueblo entero de Madrid, cuyo entusiasmo delirante llegó entónces á su apogeo, celebraron al siguiente dia 24 de Agosto la solemne y verdadera proclamacion de Fernando VII, que contrastaba brillantemente con la pálida farsa representada en el mes anterior á nombre del intruso José.

Todo era efusion y sincero alarde de patriotismo ; hombres y mujeres, niños y ancianos, radiantes de alegría, ostentaban en sus sombreros y mantillas, en sus pechos y peinados, sendas escarapelas encarnadas con el retrato de Fernando VII en su centro ; y prorumpian en el famoso himno de guerra, cuya letra (que no es fácil saber á quién se debe) aplicaron, para mayor escarnio, á la música de la Marsellesa :

« A las armas corred, patriotas,
Á lidiar, á morir ó á vencer ;
Guerra eterna al infame tirano,
Odio eterno al impío frances.»

Patriotas guerreros,
Blandid los aceros
Y unidos marchad
Por la patria á morir..... ó triunfar.
¡ Á morir..... ó triunfar! »

La poblacion indígena madrileña, fiel, sin embargo, á sus primeros amores, volvia entusiasmada á requerir su *Juana y Manuela*, permitiéndose, sin embargo, algun otro escarceo más sentimental :

Virgen de Atocha,
La Capitana,
Que del Rey tienes
Puesta la banda,
Haz que pronto Fernando
Vuelva de Francia»;

ó dando rienda suelta á su sarcástico natural, cebábase en el desdichado Rey intruso, á quien apénas habia podido conocer, pero que desde luégo calificó de ebrio y disoluto, y ademas tuerto; enderezándole estas y otras coplillas :

«Tráelo, Marica, tráelo
A Napoleon,
Tráelo y le pagarémos
La Constitucion.»

«Ya viene por la Ronda
José Primero
Con un ojo postizo
Y el otro huero » (1).

(1) La absurda creencia universal de que José era tuerto pudo tener origen en que, segun parece, solia mirar con un lente y cerrar al mismo tiempo el otro ojo. En este sentido decian tambien las manolas :

Dos en la ca...
Uno en la ma...
Y otro en el cu...
Y bueno ningü...

En cuanto á lo de la embriaguez es absolutamente voluntario, pues sabido es que no probaba el vino.

« Ya se fué por las Ventas
 El Rey Pepino
 Con un par de botellas
 Para el camino. »

He citado ántes las inmortales composiciones de nuestros egregios vates en esta ocasion; pero como el pueblo no está á la altura, que digamos, de los Píndaros y Tirteos, no es de extrañar que á par de aquellos levantados intérpretes del entusiasmo nacional apareciese la falange de copleros, polilla del Parnaso y del sentido comun, inundando la poblacion con innumerables folletos, romances y jácaras, de que tengo á la vista un gran caudal, pero de los cuales me abstengo de hacer uso en gracia de sus autores y del paciente lector.—« Del sublime al ridículo, se ha dicho con razon, no hay más que un paso »,— y este paso se dió á trote largo hasta el último confin.— De todas estas elucubraciones sólo quiero hacer excepcion con una en que no sin cierto gracejo y donosura se hacía una parodia de la nueva Constitucion de Bayona; y como es posible que no exista más ejemplar que el que yo tengo, me permitiré hacer un extracto de él (1). Decia pues :

La Constitucion de España, puesta en canciones de música conocida, para que pueda cantarse al piano, al órgano, al violin, al bajo, á la flauta, á la guitarra, á los timbales, al arpa, á la bandurria, á la pandereta, á la zampoña, al rabel y toda clase de instrumentos rústicos.

INTRODUCCION.

(*Polo del contrabandista.*)

« Yo, que soy Napoleon,
 Emperador de la Francia,
 Quiero y es mi voluntad
 Que haya jaleo en España. »

(1) Tengo entendido que esta graciosa sátira fué escrita por don Eugenio de Tapia.

« ¡ Al jaleo, jaleo, soldados!
 Mis planes están ya hechos,
 Su buen éxito depende
 Sólo de vuestros esfuerzos.»

« ¡ Ay, ay! por vida de tantos,
 No hay remedio, será así.
 ¡ Ay, ay! ¿ La España sería
 Quien se burlase de mí?
 ¡ Ay, ay, ay! » (1).

—
 (*Fandango.*)

« Sólo habrá una religion,
 La católica será,
 Quien guste la seguirá,
 Sobre esto no habrá cuestion.»

.
 « Es mi voluntad y quiero,
 Ha dicho Napoleon,
 Que sea Rey de esta nacion
 Mi hermano José Primero.»

« Es mi voluntad y quiero,
 Responde la España ufana,
 Que se vaya á cardar lana
 Ese rey José postrero.»

—
 (*Seguidillas.*)

« La sucesion al trono
 De las Españas
 Irá de macho en macho,
 Dice la Carta.
 » Si macho falta,
 Napoleon primero
 Lleva la carga.»

(1) Parece que sabiendo Napoleon lo mal que iban saliendo sus planes, dijo, despues de una exclamacion de soldado..... *Serait ce l'Espagne qui me donnerait un soufflet?*

(Zorongo.)

«Cuatro millones de pesos
Al año tendrá José,
¿Quién pondrá puertas al campo
Si quisiere más tener?
»Zoronguito, zorongo, zorongo;
Como rey de España de todo dispongo.»

(Mambrú.)

«Doscientos mil duros,
¡Qué dicha, qué dicha la nuestra!
»Doscientos mil duros
El Príncipe tendrá (*bis*)
Para sus devociones,
¡Qué dicha, que dicha la nuestra!
Divertirse y cazar....., etc.»

(La pia y la paz.)

«Chusma de ministros
Al trono honrarán;
Silencio, chitito,
Que voy á cantar.»

La pia y la paz.

«Nueve ministerios
En la córte habrá
En que los asuntos
Se despacharán.»

La pia y la paz.

(El Marinerito.)

«Habrà un Consejo de personas
De probidad á *ma façon* (*bis*),
Que no podrán ni bostezar
Sino *segun Constitucion* (*bis*).»

«Serán, pues, todos presididos,
Cuando se forme gran sesion,
Por el rey Pepe, y obrar deben
Siempre *segun Constitucion*.»

« Luégo que Pepe diga «quiero»
 Nadie osará decir «*Sir non*»,
 A fin que todo se despache
 Siempre *segun Constitucion*, etc.»

(*Charandel.*)

« Las colonias españolas
 Y posesiones del Asia
 Gozan los mismos derechos
 Que gozará toda España.»

« Olé charandel, podrá cada uno,
 Olé charandel, libre comerciar,
 Olé charandel, á fin que el rey Pepe,
 Charandel y olé, pueda atesorar.»

« El derecho que el verdugo
 Tenia de dar tormento
 Se anula, y en adelante
 El derecho será nuestro.»

« Olé charandel, Napoleoncito,
 Olé charandel, eso lo verémos,
 Olé charandel, pues algunas cuentas,
 Charandel y olé, que ajustar tenemos.
 etc., etc.»

Las caricaturas, ó más bien aleluyas groseras, chabancanas y hasta obscenas, no abundaban ménos que los folletos chocarreros; y todos, ó casi todos, iban encaminados á la persona del pobre José, á quien se pintaba metido en una botella y sacando la cabeza por el cuello de ésta, ataviado como en un naípe y con una copa en la mano, con el título *El nuevo Rey de copas*; en otro, danzando ó haciendo ejercicios acróbatas sobre botellas, y otras tonterías de esta especie.—Sólo en una (que no pude por el pronto juzgar, pero que exhumada años despues debajo de un ladrillo en que con otras muchas mi madre cui-

dó de enterrarla durante la ocupacion francesa), sólo en una, repito, aunque groseramente dibujada, hallé un pensamiento agudo y gráfico que alabar.

Representaba, pues, unas montañas sobre las que habia un cartel que decia: «*Roncesvalles*», y al pié de un peñascal se hallaba un moceton medio soldado, medio contrabandista, fumando su cigarrito y con el trabuco al brazo, en tanto que por el desfiladero aparecia un soldado frances, el cual, echando mano al bolsillo, preguntaba al centinela:—«*Monsieur, combien l'entrée?*»—A lo cual contestaba el otro:—«*Compare, aquí no ze paga la entráa, que lo que ze paga ez la zalía.*»

El entusiasmo, en fin, y la confianza de los madrileños no conocia límites: creian ¡pobres ilusos! que con las parciales victorias obtenidas habian logrado terrorizar y hacer huir á los franceses; que todo habia concluido ya, merced á la intervencion de las Vírgenes de Atocha, del Pilar y de Covadonga, y que el mismo Napoleon no tardaria en devolverles sano y salvo á su adorado Fernando.

El Gobierno, empero, que no debia participar de aquella confianza, que era conocedor de la escasez y desbarajuste de nuestros medios de defensa; de lo improvisado, desnudo y falto de instruccion de nuestros ejércitos, y de los reveses parciales que sufrían en diversas partes del territorio, procuraba, sin embargo, encauzar el entusiasmo público, promoviendo alistamientos numerosos de voluntarios, suscripciones nacionales, á que todas las clases se apresuraban á concurrir para atender á los gastos de la guerra, y sacar, en fin, el partido posible de los elementos de que podia disponer.

Para atender, pues, á estos inmensos compromisos, para regularizar la resistencia, para crear un Gobierno superior, que asumiese el poder y la responsabilidad, dise-

minados hasta entónces en las Juntas provinciales, se formó la Suprema central, que tomó posesion el dia 25 de Setiembre en el palacio de Aranjuez, figurando en ella nombres tan respetables y queridos como los de Florida-blanca, Jovellános, Garay, Campo-Sagrado y otros, y á la que más tarde ó más temprano hubieron de acatar las Juntas provinciales y sus tropas y caudillos respectivos.

Napoleon, en tanto, en quien los nombres de *Madrid*, *Bailén* y *Zaragoza* debian producir sin duda el más profundo despecho, sonando en sus oidos como el primer eco de la desgracia, revolvióse agitado contra aquel inesperado y formidable contratiempo, y dando con su ojo cetero á la insurreccion española toda la importancia que tenía, determinó marchar en persona, á fin de contenerla y dominarla.

Penetró, pues, en España al frente de un aguerrido ejército y seguido de su hermano José y de sus más ilustres generales; y aunque el Gobierno español procuró salir á disputarle el paso con los pocos y discordes elementos de que disponia, éstos fueron arrollados, como no podia ménos, ante tan formidable acometida: dispersas y destruidas delante de Búrgos las escasas fuerzas al mando del jóven é inexperto Conde de Bellveder (hijo del Marqués de Castelar), salvadas las gargantas de Somosierra con el arrojo é intrepidez con que habia salvado los Alpes en la primer guerra de Italia, en medio del estupor y aturdimiento del Gobierno español, se presentó el dia 1.º de Diciembre á las puertas de Madrid, intimándola su rendicion.

La situacion del Gobierno, ó más bien de las autoridades de Madrid (porque la Junta Central habia abandonado á Aranjuez precipitadamente), ante tan formidable apresto de tormenta próxima á descargar, y tambien ante la insensata temeridad del pueblo, que, sin conocer ni

medir toda la extension del peligro que se le echaba encima, resolvia denodadamente acometer una imposible resistencia; la situacion, repito, de las autoridades de Madrid era la más comprometida y fatal. De un lado las intimaciones perentorias del Emperador, que les ordenaba la rendicion; por otro, las vociferaciones y febril entusiasmo de la muchedumbre; la absoluta escasez de fuerzas propiamente militares, que no llegaban á 400 hombres; la presion de las masas del paisanaje, que acusándoles de traicion y cobardía, les pedian armas y municiones, de que carecian por completo, y la decision y arrojo suficiente para defender un pueblo abierto, extenso y absolutamente vírgen en esta clase de conflictos.

Procuróse contemporizar por el momento con ambos extremos. El Marqués de Castelar, capitan general de Castilla la Nueva, procuraba entretener al Emperador con respuestas respetuosas de que iba á consultar á las demas autoridades para en su vista determinar lo conveniente; miéntras que el Duque del Infantado, el Marqués de San Simon y el general D. Tomás Morla procuraban dar alguna unidad á la defensa intentada por las masas populares, abriendo zanjas y formando parapetos en las inmediaciones de las puertas, distribuyendo el armamento y municiones de que podian disponer, y procurando, en fin, calmar aquella excitacion nerviosa, arrogante é insensata que dominaba al vecindario.—Éste, que en un principio desconocia y hasta negaba el peligro, desempedraaba las calles, armaba parapetos inútiles y hasta salia con denodado ademan por las afueras en direccion al campamento para habérselas cara á cara con el ejército frances; á los primeros reveses volvia exasperado su encono contra las autoridades, á quienes acusaba de traidoras, y hasta llegó al lamentable exceso de asesinar y arrastrar por las calles al regidor Marqués de Perales, hombre, por otro lado, fa-

vorito hasta entónces de la plebe, cuyo traje, modales y costumbres procuraba imitar, levantándole la absurda calumnia de haber hecho rellenar de arena los cartuchos repartidos al pueblo (1).

Napoleon, miéntras tanto, instalado en el vecino pueblo de Chamartin y palacio del Duque del Infantado (2), ardia en ira con semejante dilacion, y con excitaciones continuas á las autoridades españolas, las intimaba de hora en hora la rendicion, con apercibimiento de tratar á la poblacion de Madrid con el más terrible rigor.—En todo el dia 2 hizo diferentes alardes de acometida, especialmente por las puertas de los Pozos, de Fuencarral y del Conde-Duque, contenidas en lo posible por los sitiados; hasta que el dia 3 acometió decididamente por el sitio más vulnerable é indefenso, por el Retiro, y abriendo una ancha brecha en sus tapias, se encontraron las tropas francesas dominando completamente á Madrid.—Entónces fué cuando las autoridades se pusieron completamente á merced del Emperador, que (justo es decirlo) no abusó de su victoriosa posicion, concediendo á Madrid una capitulacion honrosa, que en casi todas sus partes fué religiosamente cumplida, pues no sólo no hubo las represalias, saqueos é incendios que se temian, sino que tam-

(1) Esta horrible catástrofe tuvo, por desgracia, eco en casa de mi padre, porque, poseedor de unas letras de Zamora por valor de 24.000 reales, aceptadas ya por el Marqués, no pudo hacerlas efectivas el dia del cumplimiento, á consecuencia de aquel inesperado suceso, ni despues tampoco, á pesar de las reclamaciones de mi padre y mias con posterioridad á su muerte.

(2) Hasta hace pocos años se hallaban conservadas las habitaciones que ocupó el Emperador, con el mismo mobiliario y decorado que tenian en 1808, y supongo que el señor Duque de Pastрана, hijo del del Infantado, y que hoy le posee, habrá continuado manteniéndolas en aquella disposicion.

poco fué gravada con ninguna extraordinaria imposicion. —Todo esto, á no dudarle, fué debido á las reiteradas súplicas de su hermano José, que no podia entrar en su capital devastada ó destruida, y tambien al propósito que desde luégo se advierte en Napoleon de anunciarse como protector y regenerador, ántes que como dueño victorioso.

A este fin obedecian seguramente los nueve decretos que á su nombre, y prescindiendo absolutamente de su hermano, lanzó en los siguientes dias desde su cuartel general de Chamartin, en los cuales, y á excepcion de los dos primeros, altamente censurables, en que fulminó una proscripcion contra varios Grandes de España y consejeros de Castilla (proscripcion, por fortuna, que no tuvo resultado), los demas encarnaban nada ménos que un completo programa revolucionario aplicado á la nacion española.—Suprimíase por ellos el Tribunal de la Inquisicion, los derechos señoriales y las aduanas interiores; se disponia la reduccion á una tercera parte de las comunidades religiosas, declarando sus propiedades bienes del Estado; se renovaba la venta suspendida de las Memorias pías; se prohibia la reunion de encomiendas en una sola persona, y se hacía, en fin, con el breve espacio de ocho dias, lo que las Córtes de Cádiz tardaron en discutir y aprobar más de tres años.

Pero no es sólo lo sustancial de estos decretos lo que debió llamar la atencion de los hombres pensadores y que anhelaban vivamente todas aquellas innovaciones, sino que fueron acompañadas de un *Manifiesto* del mismo Emperador á los españoles, documento de importancia suma por su espíritu y por su forma, y que con extrañeza halló omitido por el Conde de Toreno cuando hace mencion de aquellos decretos.

En dicho importantísimo manifiesto, escrito con una

templanza desusada por el dominador de Europa, se reconoce bien el convencimiento que habia adquirido de lo arriesgado de la empresa en que estaba empeñado, á par que sus deseos de aparecer con un carácter altamente liberal y progresivo, que esperaba le conquistára, ántes que las armas, las simpatías del pueblo español.—Después de decir á éste que habia sido extraviado y conducido á una imposible resistencia por las pérfidas sugestiones de Inglaterra, hacíale ver lo inútil de la resistencia, y continuaba con estas textuales palabras:

« ¿Cuál pudiera ser el resultado aún del suceso de algunas cam-
 »pañas? Una guerra de tierra sin fin, una larga incertidumbre so-
 »bre la suerte de vuestras propiedades y vuestra existencia. En
 »pocos meses os habeis entregado á la agonía de las facciones po-
 »pulares. Algunas marchas han bastado para la defeccion de
 »vuestros ejércitos. He entrado en Madrid. Los derechos de la
 »guerra me autorizaban á dar un grande ejemplo y á lavar con
 »sangre los ultrajes hechos á Mí y á mi nacion. Sólo he escuchado
 »la clemencia..... Os habia dicho en mi proclamacion de 4 de Ju-
 »nio que queria ser vuestro regenerador, mas habeis querido que
 »á los derechos que me habian cedido los Príncipes de la última
 »dinastía, añadiese los de la guerra. Nada, sin embargo, alterará
 »mis disposiciones. *Quiero aún reconocer lo que haya podido ha-*
 »*ber de generoso en vuestros esfuerzos.* Quiero reconocer que se os
 »han ocultado vuestros verdaderos intereses, que se os ha oculta-
 »do el verdadero estado de las cosas. Españoles: vuestro destino
 »está en mis manos: desechad el veneno que los ingleses han
 »derramado entre vosotros; que vuestro Rey esté seguro de vues-
 »tro amor y vuestra confianza, y seréis más poderosos, más fuer-
 »tes que no lo habeis sido hasta aquí. He destruido cuanto se
 »opone á vuestra prosperidad y grandeza; he roto las trabas que
 »pesaban sobre el pueblo: *una Constitucion liberal os asegura una*
 »*Monarquia dulce y constitucional en vez de una absoluta;* depen-
 »de sólo de vosotros que esta Constitucion sea vuestra ley, etc.»

Hechas estas solemnes declaraciones, que sin duda debieron llenar de indignacion á unos, de esperanza á otros

y de asombro á todos en general, un dia, á mediados de Diciembre, muy de mañana, Napoleon, acompañado de su hermano y numeroso séquito, abandonó la mansion de Chamartin, y penetrando en Madrid por la puerta de Recoletos, atravesó el Prado, calle de Alcalá, puerta del Sol y calle Mayor, dirigiéndose al Palacio Real.—Subió pausadamente la escalera, y al llegar á la primer meseta, puso la mano sobre uno de los leones que asientan en la balaustrada, y dijo: «*Je la tiens en fin, cette Espagne si désirée...*» Paseó despues sus miradas por la magnífica escalera, y añadió, volviéndose á su hermano José: «*Mon frère, vous serais mieux logé que moi*» (1).

Penetrando despues en los salones de Palacio, se hizo enseñar el retrato de Felipe II, ante el cual permaneció silencioso algunos minutos: poco despues regresaba á su campamento de Chamartin, y al siguiente dia emprendia su marcha á Galicia, con el objeto de hacer reembarcar á los ingleses.

Tal fué la rapidísima y única visita de Napoleon á la capital de España.

(1) Este curioso detalle de la visita de Napoleon al Palacio de Madrid le lei yo en 1830 en una obrilla francesa que, si mal no recuerdo, se intitulaba *Le Diable rose*, y estaba escrita por un Mr. N., *Aide de camp de S. A. R. Monseigneur le Duc d'Angoulême*. Hallábame ocupado entónces en escribir el *Manual de Madrid*, y llegando á hablar de Palacio, estampé esta anécdota, que hizo fortuna, y ha sido despues reproducida por muchos escritores.

Mi conciencia literaria me impone el deber de declarar aquí su origen.

CAPÍTULO IV.

1809-1812.

LA OCUPACION FRANCESA.

I.

Los trascendentales acontecimientos acaecidos durante la segunda mitad del año 1808, y la vertiginosa rapidez con que se sucedieron, me obligaron á mi pesar en el capítulo anterior á extralimitarme de mi propósito, penetrando algun tanto en el dominio de la Historia, siquiera no fuese más que para señalar la marcha de los asuntos exteriores con relacion al cuadro íntimo que me propuse trazar en el presente relato.

Pero encerrado hoy éste en sus propios límites, habiendo sucedido á la agitacion pasada el desaliento y la congoja de una situacion absolutamente pasiva; reducido el vecindario de Madrid á la estrecha esfera de una triste cautividad, dentro de sus hogares; ahogadas las voces de su pasada alegría, é interrumpido bruscamente su sistema de vida, sus negocios y sus expansiones más naturales, el cuadro que hoy me toca reseñar no puede ser ni más íntimo, ni más limitado al doméstico techo. Y en este supuesto, no sé si mi pluma acertará á prestarle algun interes que mitigue ó atenúe en parte su obligada

monotonía y desaliento. Cuatro años mortales de cautiverio, de agonía y de incomunicacion absoluta con el resto de España, no son en verdad elementos muy propios para darle la animacion y movimiento que pude acaso ofrecer al lector en los capítulos anteriores.

Tendiendo, pues, la vista en derredor mio, en el primer período de aquella tristísima situacion, ó sea á los principios de 1809, veo á mi buen padre, patriota hasta el fanatismo, sumido en el mayor abatimiento y amargura. Habiendo hecho alto por completo en su vida laboriosa y animada, abandonado de casi todos los amigos y comensales de que anteriormente hice mencion, varios de los cuales habian corrido á Sevilla y Cádiz á la sombra del Gobierno Nacional, otros á encerrarse en sus apartadas provincias, y algunos, en fin, cediendo á la necesidad más bien que á la conviccion, adherídose, en su cualidad de empleados, á una bandera que en el fondo de su corazon rechazaban; la animacion y la alegría huyeron de la casa, y mis excelentes padres, que no podian abandonarla con su dilatada familia de cinco hijos menores, no tuvieron más remedio que agruparlos en su derredor, prodigándoles las muestras de su ternura, y confiando á la Divina Providencia el amparo y auxilio en su desgracia, entretenian sus obligados ocios con lecturas piadosas y morales, tales como el *Año Cristiano* y las *Dominicas*, del P. Croiset; el *Evangelio en triunfo*, de Olavide, ó las *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, del doctor Cristóbal Lozano; alternadas de vez en cuando con alguna historia, como la de Mariana ó la de Ortiz, y la *Monarquía Hebrea*, del Marqués de San Felices.—Toda otra lectura que pudiera recordarles la dominacion extranjera, tal como el *Diario* y la *Gaceta de Madrid*, era absolutamente rechazada por mi padre, que llevó la exageracion en este punto hasta rayar en el su-

blime del ridículo, asentando sucesivamente en la Guía de Forasteros del año 1808 (que tengo á la vista) una nota que decia :—« Valga para 1809 », — « Valga para 1810 », etc., — sin tener en cuenta que no habia ya un solo nombre colocado en la posicion en que en ella aparecia.

Así pasaban meses y meses en aquella tristísima inaccion, y así trascurrió todo el año de 1809, en el que, cumplidos los seis de mi edad, empecé á ir á la escuela de primeras letras, á cargo de D. Tomás Antonio del Campo y Fernandez (que la tenia en la próxima calle del Cármen, frente á las covachuelas del convento), y allí, bajo la férula de aquel clásico tipo del pedagogo, cuya estampa y discurso no hubieran desdeñado Quevedo ni el Padre Isla para sus donosos protagonistas, y con el obligado acompañamiento de palmeta y disciplinas, empecé á balbucir el ✕ y á declinar maquinalmente nominativos y conjugar verbos con aquella ramplona monotonía que regalaba nada ménos que el período de tres años para las primeras letras, ó sea el arte de leer, escribir y contar.

Pero al fin, como todas las situaciones, áun las más tirantes, no pueden ser eternas, tendiendo naturalmente á modificarse, ó por lo ménos á neutralizar sus efectos con el bálsamo de la conformidad y de la esperanza, aquel angustioso estado iba poco á poco perdiendo su carácter agudo para pasar al de crónico y tolerable; y los espíritus, sobrecogidos por la comun desgracia, iban dando lugar á cierta expansion de confianza y de consuelo.

Volvieron, pues, á reunirse y comunicarse, aunque con las necesarias precauciones, los desdichados patriotas que contra su voluntad hubieron de quedar en Madrid, y en su consecuencia, tornó á verse frecuentada la casa de mi

padre por un reducido número de amigos y vecinos, de absoluta conformidad en ideas y propósitos. Venían, pues, ganosos de comunicarse sus ensueños patrióticos, sus esperanzas y sus deseos, y no ya con el rencor ni el desaliento que ántes les domináran, sino con cierta satisfaccion, cierta entera y hasta alegre confianza, que contrastaba con la amargura y abatimiento anteriores.— Mas como tambien sea cierto que todas las cosas, áun las más sérias y solemnes, tienen siempre su lado cómico, segun el punto desde donde se las mira, no quiero ocultar á mis lectores que yo, aunque tierna criatura, inclinado por sentimiento innato á buscar en todo y por todo este lado cómico-satírico, presenciaba con fruicion aquellas reuniones de mi buen padre y sus amigos.

Paréceme, pues, estarlos viendo en las primeras horas de la noche, y ántes de entregarse á las dulces emociones del clásico *Mediator*, en tanto que mi madre y las respectivas esposas, agrupadas en torno del brasero, hacian sus labores ó comunicaban con el grupo infantil en inocentes cuentos ó en juegos propios de la edad; los señores mayores se despachaban á su gusto, complaciéndose en tejer fábulas sobre la situacion de los negocios públicos, fábulas, por supuesto, análogas á sus esperanzas y deseos, y que á pocos instantes de concebidas pasaban por axiomas á los ojos de sus mismos inventores.

Lo más chistoso de esta escena era cuando se ponian á glosar los Boletines y Diarios del Gobierno frances (que alguno de los asistentes habia logrado introducir en casa de mi padre contra su voluntad), comentándolos á su manera y siempre por el lado favorable é inspirado por aquel «*No importa*» característico de nuestra nacion, que tantas veces la hizo triunfar de sus enemigos.

Decian, v. gr.; aquellos Boletines :—*En la accion de*

tal perecieron quinientos franceses. » — Al instante no faltaba uno que exclamaba : « *Algunos más serán.* » — Continuaba luego el *Boletín* diciendo : — « *Y cinco mil de los españoles* », — y todos prorumpían exclamando : — « *¡ Ya se ve! ellos ¿ qué han de decir?* » — Aseguraban que tal plaza había sido ocupada por los enemigos. — « *Imposible.* » — Hombre, que lo dicen las cartas. — « *Se equivocan las cartas.* » — Que lo dan de oficio los periódicos. — « *Mienten los periódicos.* » — Que los franceses han forzado el paso de Despeñaperros. — « *¡ Qué han de forzar!* » — Que han entrado en Andújar, en Córdoba, en Sevilla..... — Entónces mi padre solía acortar la relación, diciendo con aire misterioso y satisfecho : — « *No hay cuidado, todo eso no es más que un ardid del Lord; dejarlos que se internen.* » — Con lo que todos se daban por satisfechos y conformes, y se disponían á entablar su partida. — Estando en esto, solía entrar otro de los contertulios, y dirigiéndole todos los circunstantes el saludo ordinario — *¿ Qué hay de nuevo?* — no dejaba nunca de contestar : — « *¡ Hombre, yo no sé, dicen que se van.... dicen que vienen los nuestros.....* » — Con lo cual todas las esperanzas se fortalecían, y aún no faltaba alguno de los tertuliantes que, descolgando el mapa de España, probaba geográficamente y estratégicamente que no era posible que el ejército francés pudiera pasar por aquella angostura que señalaba el plano á las gargantas de Sierra-Morena; y suponiendo colocada nuestra caballería en lo más empinado de la Sierra, hacía acampar la artillería en medio del Guadalquivir.

Entre tanto mi padre, haciendo suspender por algunos minutos estos planes estratégicos, tomaba de manos de alguno de ellos la *Gaceta de Madrid*, y con cierta sofisma mezclada de ironía (que como buen salamanquino poseía en alto grado) leía por acaso alguno de los decretos

de José, diciendo :— « *D. José Napoleon, por la gracia DEL DIABLO, rey de las Españas como de las Indias.....* » —y á las pocas líneas arrojaba el diario, diciendo : *¡Cosas de esa canalla!*

Y por cierto que este desden, ó más bien este encarnizamiento de mi padre y los demas patriotas contra las disposiciones del llamado Rey *intruso*, si pudieron tener razon de ser en los momentos y condiciones en que se promulgaron, el tiempo y la reflexion han venido á modificar mucho aquel concepto.

A la vista tengo en este momento los dos tomos únicos publicados de dichos decretos (que comprenden solamente el año de 1809 y medio de 1810), y forzoso es reconocer que, aparte del pecado original de su procedencia, no eran otra cosa que el desenvolvimiento lógico del programa *liberal* iniciado por Napoleon en su manifiesto y decretos de Chamartin; y que, inspirado José por sus naturales inclinaciones y sus buenos deseos, y firmemente secundado por un Ministerio compuesto de hombres ilustrados y de ideas tan avanzadas como D. Mariano Luis de Urquijo, D. Miguel de Azanza, D. Gonzalo Ofarrill, el conde de Cabarrús, el general de marina Mazarredo, el Marqués de Almenara, y D. Sebastian Piñuela (los mismos que habian sido nombrados ministros por Fernando VII á su advenimiento al trono), aplicaban á la gobernacion del Reino las ideas, las disposiciones y los hechos que despues habian de discutir y adoptar las Córtes de Cádiz, y que eran el *desideratum* de la porcion de españoles (corta en verdad á la sazón) que suspiraba por substraerse á la dominacion del poder absoluto.

Así vemos que por aquellos decretos de José quedaban suprimidos (ademas de la Inquisicion y el Consejo

de Castilla, los derechos señoriales, las aduanas interiores y otros que ya lo habian sido por Napoleón en Chamartin) el Voto de Santiago, el Concejo de la Mesta, los fueros y juzgados privativos, las comunidades regulares de hombres en general, el tormento y la pena de muerte en horca, y la de baquetas en el ejército.—Mandábase ademas establecer una nueva y más lógica division territorial en treinta y ocho prefecturas ó departamentos;—se creaba la Guardia Cívica, tímido ensayo, pero ensayo al fin, de la Milicia Nacional;—se daba nueva forma á los sistemas de Beneficencia y de Instruccion pública, declarándolos exentos en sus bienes de la desamortizacion;—se creaba un colegio de niñas huérfanas, un Conservatorio de Artes y un taller de Optica.—Se ampliaba el Jardin Botánico con la huerta de San Jerónimo;—se mandaba crear en Madrid la Bolsa y Tribunal de Comercio, reglamentándolos y estableciéndolos provisionalmente en San Felipe el Real, miéntras se levantaba el edificio propio en el terreno del Buen Suceso.—Se disponia asimismo la creacion de un Museo Nacional, donde habian de colocarse las pinturas de los célebres autores que adornaban los palacios Reales y las iglesias de los conventos suprimidos, y se disponia trasladar á las catedrales los monumentos ó entierros de los hombres célebres que estaban en dichos conventos.—Otro museo se mandaba formar en el Alcázar de Sevilla con los cuadros de su famosa escuela;—ordenóse asimismo restaurar la Alhambra de Granada y concluir el palacio de Carlos V;—promulgábase tambien un buen reglamento de teatros, mandándose colocar en los de Madrid los bustos de Lope y Calderon, Moreto y Guillen de Castro;—subvencionó ademas el rey José al insigne actor *Isidoro Maiquez* (á quien hizo venir de Francia, donde se hallaba emigrado desde la gloriosa jornada del 2 de Mayo, en que tomó parte activa),

—y dispuso abrir una informacion científica, compuesta de los médicos Morejon y Arrieta y del arquitecto don Silvestre Perez, para buscar en la iglesia de las Trinitarias los restos de Cervántes, mandando colocar su estatua en la plaza de Alcalá de Henáres.—Por último (y acaso fué la única de estas acertadas disposiciones que pudo llevar á cabo), se suprimieron los enterramientos en las iglesias, prohibicion mandada desde el tiempo de Carlos III, y que no tuvo efecto hasta que se construyeron los dos cementerios generales de Madrid al Norte y Mediodía (1).

Paréceme, pues, que ahora que han pasado las circunstancias afflictivas en que fueron proclamadas por primera vez esas ideas y dictadas aquellas disposiciones (que con el trascurso del tiempo han venido á ser otros tantos hechos consumados), no habrá quien en este punto deje de

(1) Respecto al cementerio del Norte, construido por el arquitecto Villanueva, apuntaré aquí una curiosa anécdota.—Conocida era la preferencia que daba el rey José á una hermosa dama, la Condesa Jaruco, viuda del capitan general de la isla de Cuba; esta señora, que habitaba en su casa propia (que hoy lleva el número 11 de la calle del Clavel), falleció á la sazón que se inauguraba dicho cementerio, y que acaso lo fué con su cadáver; pero la misma noche del sepelio fué aquél exhumado (puede inferirse por orden de quién) y trasladado bajo un árbol frondoso en el jardin de la propia casa, en cuyo solar fué construida, en 1846, la que hoy lleva el núm. 13, con vuelta á la plaza de Bilbao (ambas propiedad del Sr. Maquieira), y al tiempo de la construccion de la nueva casa se derribó el árbol, que todos hemos conocido, y que era el único que quedaba en dicho jardin.—Esta señora era madre de una preciosa niña, á quien José casó con el general Merlin, y es la misma discreta y bella Condesa de este título, que por sus excelentes escritos sobre la isla de Cuba, su patria, y por la elegancia y buen tono de sus salones en Paris durante el reinado de Luis Felipe, alcanzó tan merecida y envidiable celebridad.

hacer justicia á la Administracion de José Bonaparte, y que los mismos hombres insignes reunidos en Cádiz, que poco despues discutian y elaboraban aquel propio sistema, habrian de reconocer que el intruso José, con sus ministros y consejeros, les indicaban el rumbo hácia una situacion más conforme con las ideas modernas.

Y de este modo se explica tambien que muchos hombres ilustrados, seducidos por éstas y preocupados tambien con la casi imposibilidad de la resistencia, se inclinaban á este lado de las banderas militantes, contándose entre ellos sujetos tan eminentes por su saber y merecimientos como Melendez Valdés, Cambronero, Moratin, Salas, Hervás, Viegas, Silvela, García Suelto, Marchena, Búrgos, Reinoso, Gonzalez Arnao, Melon, Amorós, Badía y Leblích, Centeno, Hermosilla, Lista, Muriel, Miñano, Estala, Llorente y otros mil que sería prolijo citar, que si disentian de los patriotas refugiados en Cádiz sobre la posibilidad del triunfo de las armas nacionales, no les quedaban á la zaga en sentimientos de liberalismo y de progreso.

Pero el Gobierno de José tenía su pecado original, que era la odiosa usurpacion que representaba; y por otro lado, estas ideas revolucionarias, que se proclamaban en Madrid ó discutian en Cádiz, eran—¿por qué negarlo?—completamente repulsivas á la inmensa mayoría del pueblo español, como lo demostró claramente al regreso de Fernando VII en 1814, y lo experimentaron, bien á su costa, los hombres ilustres de una y otra procedencia, confundidos y envueltos en la desgracia comun.—De este modo los liberales del Gobierno de Madrid, que iniciaban la revolucion, fueron vencidos por sus correligionarios de Cádiz, que la proclamaban tambien, y éstos, á su vez, *enviados á presidio* por Fernando VII; con lo que todos quedaron iguales, y punto concluido.

Desgraciadamente (y conviene repetirlo muy alto), entre los que siguieron las banderas de Napoleon, entre los *afrancesados*, como gráficamente les apellidó el público entónces, y despues ha confirmado la Historia, no todos eran movidos por la disculpable desconfianza del triunfo nacional; ni tampoco por la risueña perspectiva de un sistema de Gobierno más de acuerdo con las ideas del siglo, sino por cálculos de interes egoista, de ambicion de mando ó de refinada maldad.—Entre éstos descollaban los jefes, comisarios y agentes de aquella abominable policia; los vocales de las juntas criminales y comisiones militares; los alcaldes de Côte (éstos con alguna honrosísima excepcion) y los militares *juramentados*, que por cobardía ó por despecho se alistaron bajo las banderas de José.—Los inicuos procedimientos de estos malos hijos de España contra sus infelices convecinos, caidos en sus redes por denuncias ó sospechas de connivencia con los emigrados á Cádiz, ó por simple parentesco con los patriotas, eran obra exclusiva de los pérfidos esbirros, de los monstruos sanguinarios que, por equivocacion sin duda, se llamaban españoles. Los nombres de *Arribas*, ministro de Policía, del intendente general *Satini*, del comisario *Angulo* y otros, que resonaban constantemente en mis oidos infantiles, reapárecen en mi memoria con los más odiosos colores, y merecen ser objeto hoy, como entónces, de la execracion general.

La tendencia fatal que inclinaba á un Gobierno usurpador á la propia defensa y á dictar medidas completamente contrarias á la voluntad nacional, á su historia y á sus sentimientos más arraigados, tales como el imponer sacrilegos juramentos de adhesion, bajo la pena de odiosas confiscaciones y persecuciones de todo género; los forzosos empréstitos, impuestos y estancos ideados por el ministro de Hacienda Cabarrús para sostener una Hacen-

da que no tenía más horizonte que el término de Madrid; la creacion de *Cédulas hipotecarias*, especie de *assignats*, por que habian de canjearse los vales Reales y todos los demas valores fiduciarios; la depreciacion consiguiente de éstos, y por consecuencia, la ruina de la Caja de consolidacion, del Banco de San Carlos, de las Compañías de los Cinco gremios, de Filipinas, de la Habana, de la villa de Madrid y demas establecimientos que guardaban y sostenian la fortuna nacional, y los nuevos y onerosos impuestos á la propiedad, á los alquileres y los consumos, redujeron á la poblacion de Madrid á un extremo indecible de miseria.—Y alternando con estas ruinosas medidas otras injustas ó pueriles, como la supresion de todos los títulos y grandezas, sustituyéndolas por otros de la nueva aristocracia josefina; las de las antiguas Órdenes militares y civiles, inclusa la del Toison de Oro, que fueron reducidas á una sola y única, titulada *Orden Real de España*,—aunque en el público era conocida por *Orden de la Berengena*,—y otras á este tenor, á cual más desatentada, constituian el reverso de la medalla y formaban contraste en la práctica con la teoría ilustrada, liberal y tolerante, explanada en los decretos de José.

Este desdichado, á quien sin duda cabia la menor parte en los odiosos procedimientos de sus ministros y satélites, venía á asumir, sin embargo, sobre su cabeza los efectos del ódió universal, y hasta sus mismas buenas cualidades, que reconoce el Conde de Toreno cuando le pinta *suave de condicion, instruido y agraciado de rostro, y atento y delicado en sus modales*, éranle imputadas como graves y repugnantes defectos.—Su aficion á la molicie y los placeres le habia granjeado entre la multitud el concepto de ebrio y disoluto; su genio afable y comunicativo le valió el título de charlatan de feria y digno de aparecer en la escena (como sucedió años despues) en farsas provo-